




++ GOLGOTA



CRÓNICA 2024

Cada gota cuenta, cada gota importa

El **agua** es un recurso natural
muy valioso, consume **con**
responsabilidad

#TransformamoselPlanetaAgua

 **emasagra**

 @Emasagra  emasagra.es



GOLGOTA

CRÓNICA 2024



Una publicación oficial de la Real Federación de
Hermandades y Cofradías de Semana Santa de Granada

GÓLGOTA Nº 82 - MAYO 2024

P.V.P. - 10€

EQUIPO 

PRESIDENTE

Armando Javier Ortiz García

DIRECTOR

Sergio Ortega Almendros

COORDINADOR

Eduardo láñez García

CONSEJO DE REDACCIÓN

Álvaro Ramos Ruiz

Antonio Padial Bailón

Carolina Fernández Herrera

Cecilio Cabello Velasco

José Antonio Díaz Gómez

Manuel Lirola García

Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz

Pablo González Sánchez

AUTOR DE LOSTEXTOS

David García Trigueros

COLABORADORES GRÁFICOS

José Valverde Ríos (coord.) (JVR)

Alba Fernández Rodríguez (AFR)

Alberto Ortega Erena (AOE)

Antonio Orantes Suárez (AOS)

Jorge Fernández Álvarez (JFA)

José Antonio Murcia García-Carpintero (JMG)

José Castro Moreno (JCM)

José Velasco Fernández (JVF)

Luis Javier Quesada Raya (LQR)

Pablo Córdoba Salmerón (PCS)



PORTADA

José Antonio Murcia García-Carpintero

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Luis Gallas Martínez

Luis Eduardo láñez García

EDITA

Real Federación de Hermandades y Cofradías
de Semana Santa de Granada

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de los Lobos 12, Centro Ágora

958.804.997 / www.hermandadesdegranada.com

Sugerencias y suscripciones en:

info@hermandadesdegranada.com

DEPÓSITO LEGAL

GR/195-1994

ISSN

1887-5009

IMPRESIÓN

Impresiones Nazarí (Granada)

AGRADECIMIENTOS

Excmo. Ayuntamiento de Granada / Emasagra



@Fedcofrgr



federacioncof

www.hermandadesdegranada.com



SUMARIO

CRONISTA	6
ENTREVISTA A MONSEÑOR GIL TAMAYO	8
· CRÓNICA ·	
CUARENTA DÍAS CON SUS CUARENTA NOCHES	12
En camino	
Volver a empezar	
Con el alma al desnudo	
Los pentagramas de Pepe Espinel	
Una estampa para enmarcar	
EL CAMINO DE LA CRUZ	30
LA SEMANA SANTA QUE (CASI) NO FUE	36
El inicio frustrado de la Semana Santa	
Lo que no fue y pudo haber sido	
Bendita tregua	
El agua del parasceve	
La gloria de la Pascua	
A PIE DE ACERA	110
Una Semana Santa íntima	
Una oportunidad para la fe	
Tiempo para el silencio	
La psicología de las hermandades	
Como en los Juegos Olímpicos	
EL FENÓMENO	125





CRONISTA

por Miguel Luis López Guadalupe



Procedente de su Tarragona natal, llegó a Granada hace años David García Trigueros, y encontró una cálida acogida en el mundo de nuestras cofradías y hermandades. Acogida que ha correspondido con una intensa implicación al menos en tres ámbitos destacados. En primer lugar, el propio servicio a nuestras cofradías, tanto de penitencia como de gloria, con el entusiasmo que le caracteriza; en la actualidad es secretario de la Hermandad Sacramental del Santísimo Cristo de San Agustín. Y, desde luego, se implica siempre que es llamado a escribir, estudiar o declamar por cofradías de las diócesis de Granada y de Guadix, las que conoce bien, o de otros lugares de la geografía española.

En segundo lugar, el estudio de nuestras tradiciones cofrades, con rigor científico, que no está reñido con su pasión por la piedad popular. Licenciado en Historia del Arte por la Universidad de Granada, realiza en la actualidad en ella sus estudios de Doctorado. Es asimismo miembro del Centro de Estudios Pedro Suárez y del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino. Ha presentado su investigación científica en foros diversos de la UNED y de la UGR (colaborando con el Grupo de Investigación HUM-985, Universidad, escuela y Sociedad-Ciencias Sociales), entre otras universidades, así como el Simposio de la Semana Santa o el proyecto de investigación del Centro de Estudios Andaluces sobre historia cofrade granadina.

En tercer lugar, la divulgación de los valores históricos y artísticos de nuestras hermandades y en particular de la Semana Santa, lo que ha desplegado en él un firme y serio compromiso con la difusión cofrade. Destaca en este campo como colaborador y productor de SER Cofrade y de Pasión por Granada (2009 a 2020), así como responsable de contenidos de Semana Santa del diario "Granada Hoy", desde el año 2017.

Y sabe unir además su labor docente en las tan granadinas Escuelas del Ave María, como profesor de Geografía e Historia. Avals todos ellos sobrados para ser distinguido por la Real Federación de Cofradías como cronista Oficial de la Semana Santa de Granada.





ENTREVISTA A MONSEÑOR GIL TAMAYO

Pablo González Sánchez

Una lluviosa mañana de febrero previa a la celebración de la pasada Semana Santa, el director de la revista GÓLGOTA, el presidente de la Real Federación de Hermandades y Cofradías de Granada y un servidor tuvimos el inmenso honor de ser recibidos en el palacio arzobispal de Granada por nuestro pastor, monseñor Gil Tamayo. Era la primera vez, desde que tomó como titular la mitra granadina, que teníamos oportunidad de sentarnos a hablar con él, para todos nuestros lectores.

La entrevista se realizó en un ambiente de amabilidad, atención y, sobre todo, de escucha activa. Fruto de esa escucha atenta, surgen las siguientes líneas.

En primer lugar le preguntamos sobre su acogida en nuestra archidiócesis, y en especial por el mundo de las cofradías. A lo que afirmó que había sido buena, que se había sentido «acogido y escuchado», «impresionado por la presencia de los jóvenes», aunque aseguraba que se encontraba todavía en una fase de análisis y de descubrimiento de nuestras grandes muestras de piedad popular, como puede ser el rezo de la hora nona en el Campo del Príncipe. Sobre todo destacó el silencio: el «silencio hecho oración», un «rasgo distintivo en la Semana Santa de Granada que hay que cuidar y difundir».

Haciendo balance del XXXIV Encuentro de Hermandades que vivimos el pasado octubre, monseñor Gil Tamayo destacó el trabajo y dedicación para su organización. Puso el acento en la faceta formativa y científica de este congreso; y valoró el sentido cultural de tener gran cantidad de hermandades en la Catedral para la muestra de pasos que allí tuvo lugar, así como los beneficios espirituales de contar con nuestras imágenes en las calles, siempre en el marco de la Nueva Evangelización que propicia este Encuentro Nacional. Finalmente, apuntó además el gran impacto económico que había supuesto para toda la ciudad.

Rescatando el tema de la Nueva Evangelización, encomendada por el Santo Padre, don José María nos invita a leer la última carta de los Obispos del Sur, sobre la realidad de las hermandades y cofradías. De ella destaca la centralidad de Cristo y la eclesialidad de las cofradías: «No son asociaciones culturales o de tiempo libre, no son ONG, son instituciones de Iglesia. Es una manera de vivir como católicos con la tradición».

«Culto, catequesis, compromiso cristiano y cultura». Estas son las cuatro 'C' donde asienta monseñor las hermandades. Anima a las juntas de gobierno a integrar todas estas realidades, para que la vida de la hermandad sea completa. Reclama coherencia y destaca el poder vertebrador que aquellas tienen en sus parroquias, barrios, grupos de amigos o familias.

Le gustaría que las cofradías huyamos de los reclamos políticos que sufrimos desde fuera, por nuestro papel de agentes sociales. Reclama más formación, más catequesis en moral cristiana, para que no se nos instrumentalice: «No podemos [las hermandades] ser la realidad religiosa de la acción política». «Esto se combate con coherencia cristiana. Porque en una hermandad no se le pide el carnet político a nadie».

«LAS HERMANDADES Y COFRADÍAS DEBEN VIVIR EN UNA FRATERNIDAD PROFUNDA»

Reparando nuevamente sobre la gran cantidad de jóvenes en nuestra Semana Santa y sobre la necesidad de formación, afirma nuestro arzobispo: «Tenemos que crear espacios formativos que acompañen a los jóvenes, que entienden esta realidad como su forma de vivir la fe, y que los lleve a la conformación». Y propone don José María hacerlo desde vocalías de iniciación cristiana.

Nos invita a actualizar, dentro de la tradición, nuestros usos y modelos plásticos: «No podemos rendir un culto ahora con la apariencia del siglo XVI», «debe haber un sentido de más sencillez en el lenguaje». «Hay que mantener lo bonito que nos ha llegado, lo católico, pero no los añadidos que son prescindibles», evitando «la ostentación que no es acorde, ni disminuye, la piedad pública y la devoción.»

Interpelado por la presencia de las hermandades en las redes sociales, afirma monseñor que «son beneficiosas cuando sirven para cohesionar, no cuando se usa para el chisme de sacristía». Los cofrades no podemos usar las redes como elemento de perturbación. «La comunicación, cuando hay caridad, la aumenta. Cuando no hay comunión, amplifica la desunión.»

Hablando sobre la celebración de magnas procesiones y actos extraordinarios, monseñor Gil Tamayo afirma que «vivimos en una sociedad espectacularizada, que ha hecho de los eventos algo normalizado». Una persona no puede vivir en la tensión continua de un evento,



porque hace que se reclame una mayor dosis de espectacularidad para mantener la atención. «Hemos perdido de vista el rasgo de la normalidad». Las hermandades pasionistas tienen un calendario, que es la Cuaresma y la Pascua. «No podemos vivir para organizar, y organizar para vivir. No podemos olvidar la normalidad de la formación». Nuestra devoción ha de ir marcada por lo esencial. La competición entre hermandades desvirtúa, debemos tener mucho cuidado. Jesucristo es uno.

«EL GRAN EVENTO YA SE HA DADO. Y ES JESUCRISTO»

Preguntado por la creación de nuevas hermandades en nuevas zonas de la ciudad, dice que se ha de estudiar, siempre y cuando sea un nacimiento de abajo a arriba, fuera de competiciones. «Que no se haga una cofradía porque se quiera poner un barrio, sino que sea un barrio que quiera tener una cofradía. Que nazca de la devoción de la gente. Y esa devoción se hace imagen. Y esa devoción toma una forma»: una forma que bien pudiera ser la de una cofradía, para estructurar a ese grupo humano que vive su fe.

«HAY QUE REVITALIZAR PARTIENDO DE RAÍCES»

Por último, quisimos darle carta blanca a monseñor, para que se dirigiera a todos nosotros, cofrades granadinos. Y nos dijo lo siguiente: «Lo único que le pido a al cofrade granadino es que sea un cristiano, es lo más esencial. Y muy cristiano en la forma de vivir su cofradía».

Terminamos estas líneas agradeciendo en nombre de todos los cofrades granadinos la atención y cariño mostrados por don José María Gil Tamayo. Podemos estar tranquilos, porque tenemos a un pastor que mira por su rebaño y lo guarda.



AOE

EN CAMINO

«Polvo eres y en polvo te convertirás». «Conviértete y cree en el evangelio». Estos dos aforismos, lejos de ser frases proverbiales, para los cofrades —como también para el resto de los cristianos— son preclaros signos llamados a la transformación y a la regeneración personal y espiritual para que, con coherencia, nuestros actos y modelo vida concurren paralelamente al mandamiento divino. Alforjas para un camino tan tortuoso como largo; un valle de lágrimas repleto de inescrutables signos que día a día amanecen a nuestros ojos, y que se convierten en oportunidades para ponernos en camino. Siendo sal de la tierra, fecundo grano de mostaza para nosotros mismos y para los demás.

Al menos así lo recordaba el pastor de Granada, José María Gil Tamayo, en su mensaje de Cuaresma al llegar el Miércoles de Ceniza. Una alocución directa y sin circunloquios. Directa al corazón:

La Cuaresma viene a ser como una puesta a punto anual de la vida cristiana. Una especie de ITV del Espíritu, en la que, mediante la conversión, la vuelta a Dios, se nos invita a quitar todo lo que impide ser buenos cristianos. Como son nuestras imperfecciones y debilidades, nuestros egoísmos y miserias. Y a situarnos de nuevo en el empeño de ser buenos hijos de Dios. De ser santos.

Una nueva oportunidad para la santidad. Porque aquí, hasta el más bueno, tras la candidez que aparenta el exterior, la cándida sonrisa y la melancólica mirada de unos ojos tibios como el de un amoroso felino guarecido en una cesta, termina por ser un irredento pecador. Un hato de miserias. Un ser que, efímero y temporal, acaba dejándose llevar por el orden de las cosas. En un mundo que camina a la deriva, donde se premia la excrecencia y se condena el don de la virtud.

Polvo, ceniza y nada. Eso nos aguarda. Eso nos recuerda un tiempo de penitencia como el que arranca cada Miércoles de Ceniza. «No esperemos, para caer en la cuenta de esa verdad, el duro trance de contemplar en un bello envase lo que queda de un familiar o amigo difunto después de ser incinerado», recordaba Gil Tamayo; pues «lo más grande y valioso de nosotros es incombustible. Y está en la memoria de Dios y de los demás. Es el bien que hacemos, la caridad que hemos vivido con Dios y los demás».

Las palabras del prelado, al ojo de un cofrade, se convertían no en un convencionalismo buenista. No en una expresión del «bienquedismo» que nutre y jalona el pensamiento colectivo, el *mainstream* que parece mover el mundo y dar aliento a nuestros pasos. Era una llamada personal, pero también comunitaria. El mensaje del arzobispo era un martillazo en la sien para hacer de las hermandades y cofradías no un nido de víboras; no un semillero de modismos, ademanes y amaneramientos que no hacen sino repetir en bucle los mismos errores año tras año, ciclo tras ciclo. No un caladero infecundo, estéril, descafeinado de la fe. No un club social. No un espacio desde el que centrifugar los egos, desde el que proyectar las ambiciones personales, desde el que pretender cumplir aquellas expectativas personales que no se ha sido capaz de alcanzar en el resto de las esferas de la vida. No un pozo seco. No un sepulcro blanqueado.

La Cuaresma fue la oportunidad para cambiar todo eso. Para madurar en lo más profundo, en lo vertebral y nuclear de las cosas. Pero nosotros, inagotable reserva del error y del pecado, habremos dejado pasar la oportunidad. Aunque menos mal que Dios, que es bueno con nosotros, y con amor de padre, volverá a tendernos la mano setenta veces siete para, al fin, y antes de besar la losa fría que nos cubrirá, hacernos sembradores dignos de su mies, trabajadores dignos de su reino.



VOLVER A EMPEZAR

Bajo esa premisa, telón de fondo sobre el que saltar a la palestra, las hermandades volvieron a bullir en su vida interior. Porque, en Granada, cada vez son más las cofradías capaces de resistir al letargo que se prolonga desde el Domingo de Resurrección hasta el Domingo de Ramos. Cada vez son más las que apuestan por una vida madura en comunidad, con un programa lógico y coherente para sus hermanos donde profundizar en su fe y en su espiritualidad; donde realmente proponer para sí y los suyos un espacio en el que iniciarse a la vida de los sacramentos, profundizar en la vivencia de estos y construir conjuntamente lo que debe ser, como su nombre indica, una hermandad.

Incluso ya llega a haber sacerdotes, ministros de la Iglesia, que creen en eso. Y que, en vez de zancadillear y estar metiendo el ascua en el ojo ajeno, pusieron, como Isaías, la brasa en sus labios y, arremangándose la sotana —es un decir—, acudieron prestos a la llamada de las cofradías. A predicar y celebrar según ese ars celebrandi que estas tienen; a hablar a sus ovejas en el mismo idioma que ellas. En definitiva, a no considerar a los cofrades como cristianos de segunda. Que, aunque no se pueda decir desde el papel institucional, ciertamente en muchas ocasiones ocurre.

Y volvieron los quinaros y los triduos a las parroquias. Y también las funciones principales de instituto, aunque ahora haya quien se empeñe —sin atentar contra la fe ni las costumbres— en cambiarle de nombre. Y allí las priestías, cada vez en mayor grado, dieron muestra del talento y capacidad creativa de escenificar la grandeza de Dios por medio del arte. Y no siempre más cera y más alta es síntoma de la exquisitez; en ello también va el gusto, la delicadeza y la capacidad de ser sutil y hacer las cosas grandes en lo pequeño.

Y volvieron las limpiezas. El frufú del trapo contra la plata. Y el decapador para derretir la cera pegada. Y el olor que impregna la casa de hermandad. Y el líquido limpiador, con esa fragancia penetrante, ácida y metálica que congestiona y aturde. Y el bote de Prima que cubre la orfebrería de un color cenizo y que, a base de estar con el cepillo dale que te pego —tole, tole, tole, tole...—, acaba por resplandecer con destellos fulgentes. «Y, niño, dale bien ahí a la macolla, que aún queda un resto». Qué coñazo, pero qué necesario. Noches y noches, días y días. Todo para que, cuando la parihuela llegue a la iglesia y la priestía empiece a dar forma a esa máquina de la belleza que llamamos paso de palio, la orfebrería cruja brillante como un san Luis.

Y volvieron las veladas de hermandad. Esas donde los jóvenes aprenden a querer a la cofradía a base de trabajo, implicándose hasta los tuétanos en todo aquello que conlleva sacar una hermandad a la calle. Esas que hacen verdaderamente hermandad. Noches donde los diputados se reúnen para perfilar las instrucciones de cara a la estación de penitencia, donde se detallan los pormenores del recorrido, echándose a la calle con la vista puesta en lo alto: en ese cable por el que no pasa el paso, la rama del árbol que sobresale y roza con las cantoneras de la cruz o que araña el bordado de las caídas del palio.

Noches en las que, apuntocado en la barra de la casa de hermandad, se da calor a la Cuaresma en largas tertulias, con un quinto y la tapita de atún con tomate; echándose un fresquito si la cosa se viene arriba. Poniendo el vídeo donde se desgrana por enésima vez lo bien que salió la cosa el año anterior y lo que se pudo disfrutar con la cofradía en la calle. Lo buena que fue aquella chicotá, lo bien armado que iba el cortejo, con los nazarenos tan bien puestos. Que ya está la rata en la lata. Que ya está el puro encendido. Que es viernes y las manillas del reloj, cuando se entra en la casa de hermandad, tienen compás diferente al resto de los días de la semana.

Y volvieron los repartos de papeletas de sitio. Esas noches de trajín de hermanos llegando para decir que este año no quiere salir de nazareno, que prefiere llevar una vara. El secretario que imprime. El mayordomo que cobra. Y viceversa. La impresora que se queda sin tinta o que



empieza a fallar, justo cuando la cola llega a su punto álgido, después de no haber fallado ni un momento durante el resto del año. Y ese hermano, que siempre está para todo, echando una mano repartiendo túnicas. El hermano que llega y se queja porque esa no es la del año pasado; el otro que dice que sí, y que le recuerda que no se le devolvió la fianza porque trajo la túnica de vuelta hecha un guiñapo y comida de cera. Y el niño que viene con la madre. O la madre que trae al niño. Que se prueba la túnica y no le va bien, porque ha pegado el estirón y ahora le queda rabicorta, perfecta para ir a recoger habas a la vega. Y la cola aumenta, y la gente se impacienta. Y el niño bullebulle que también quiere salir, pero la madre no le deja porque todavía es muy chico para salir de nazareno: él, mejor, de monaguillo, en su corralito con sus caramelos y estampitas para obsequiar al respetable. Y el diputado mayor de gobierno, con la oreja puesta, temiendo al niño y a los otros cien que han sacado ya la papeleta de sitio y que no sabe ni dónde los va a meter...

Y volvieron los ensayos. Se llenaron las calles de parihuelas y de cientos de hombres y mujeres que, como hoy se dice bajo las trabajaderas, saben rezar con los pies. A trabajadera o a costal, pero en ambos casos con la ilusión de echarse el peso encima para dar vida a la inánime canastilla, al estático varal y darle voz a la bellota repicando alegre contra el varal. Llegó el día. Ese en el que el capataz te escribe al móvil para convocarte a la igualá. Emoción y nervios. Que estamos todavía echando el polvorón p'abajo, pero cuando queramos acordar está ya saliendo La Borriquilla... Y allí que vas. Con las ropas debajo del brazo, con la ilusión del niño que va al colegio con estuche y lápices nuevos. ¡No veas las ganas que había de pasos...! Que hasta el otro día, cuando te levantaste a medianoche a por un vaso de agua a la cocina, ibas pegando izquierdos por el pasillo...

Y así volvió la Cuaresma con sus cosas. Y nosotros volvimos a vivir la Cuaresma con las nuestras. Siempre tan distinto pero igual. Dispuestos a dejarnos el alma en la preparación y las vísperas. A vivir y sentirlo a flor de piel, paladeando despacito como la última cucharada de esas natillas que hacía tu abuela. Que ya llega Semana Santa. Que luego el reloj va que vuela. Y vamos a aprovecharlo, que luego llegan las borrascas y nunca se sabe cómo acaba la cosa...



JMG

CON EL ALMA AL DESNUDO

En Granada, además de la ceniza sobre la frente a las plantas del presbiterio de la Catedral o en la sede canónica de la hermandad, la Cuaresma se inicia celebrando el pregón de la Semana Santa. El pregón, siempre, más temprano de cuantos se celebran en Andalucía, en el que no solo se canta a la Pasión, la Muerte y la Resurrección, también a la Cuaresma. A la preparación, a las vísperas, a lo que está por venir.

De un tiempo a esta parte, al pregón poco a poco se le va confiriendo la entidad que siempre hubo de tener. Ya no solo por la representación social que se sube al escenario —vaya a perderse un político la oportunidad de salir en la foto—, sino por la predisposición y talante con la que la gente concurre a dicho evento. Las mejores galas salen del armario ese día para señorearse cada cual por los alrededores del teatro Isabel la Católica. Y es que, tras el fragor de las navidades, la venta de lotería y el puesto de los dulces, y lo precipitado de este primer Domingo de Cuaresma, la cita del pregón se convierte en el momento idóneo para los reencuentros.

No hay alfombra roja como en los Óscar ni tampoco muro para fotografiarse como en los grandes acontecimientos, pues a la Semana Santa aún le queda que aprender de marketing

y promoción; pero su convocatoria supone un espacio destinado para los abrazos, los besos y las conversaciones triviales en pequeños corrillos. Las más, de verdadera fraternidad. Otras, en cambio, traen debajo del brazo la cortesía, la sonrisa y las frases redichas; lamentando no haberse visto desde hace tanto, a pesar de que viven dos calles más arriba y no has tenido voluntad ni de desearles buenas fiestas por WhatsApp; en las que se pregunta por el trabajo, la salud y la familia, como si de verdad importara, aunque sepas que está en el paro, lleva meses esperando la cita del SAS porque tiene dolores que no aguanta y, para colmo, la mujer le pidió el divorcio a la vuelta del verano. Pero todo con una sonrisa y como trámite antes de arrecostarse sobre el terciopelo carmesí con el que están tapizadas las butacas de la platea.

Mientras las azafatas esperan la hora de abrir las puertas, esa suerte de vodevil que se cuaja y fragua a los pies de las escaleras del teatro proporciona otros muchos retratos de verdaderas esencias. Como en una suerte de círculos concéntricos, quienes se apostan en el centro son aquellos que podríamos considerar como los verdaderos actores de la Semana Santa, las fuerzas vivas que escenifican la marcha de este fenómeno sociológico y religioso de la ciudad de Granada; todo a la vez que, conforme uno se aleja del epicentro, encuentra otros núcleos igualmente representativos pero que rehúsan de ese papel esencial; así, hasta situarnos en la periferia del mogollón, donde se sitúan quienes, sin ser líderes, tienen en muchas ocasiones la verdadera voz y voto de los designios del mundo cofrade. Ahí, ahí. Ahí es donde se cuece todo, a fuego lento, como los pucheros de abuela en ollas de granate esmalte.

Es ese lugar, redaño del espíritu cofrade, donde radica el colmillo afilado, la mirada de soslayo, el comentario ácido. El lugar desde donde se radiografía y fotografía el dorso de las cofradías. Donde las cosas ya no solo se ven, también se interpretan. Donde no solo se entiende quiénes son aquellos que han acudido, sino, más importante aún, quiénes faltan. El hermano mayor que viene con su esposa... y eso que hacía mucho que no se le veía en público. Esa y ese que se partían hasta ayer el pecho por la cofradía y ahora que han soltado la vara no hay quien les vea en nada que huela a esto. Y esos de ahí..., ¿quiénes son? Que se les ve cara de nuevos y desubicados, que han tenido que pisar el teatro porque no les queda otra... ¡Cómo se iba a quedar la cofradía sin representar en este acto, máxime cuando entre unos y otros acaban haciendo lista de asistencia!

Teatro de vanidades, ciertamente, pero a quien nadie extraña. Y con este espíritu, el patio de butacas hasta hace solo unos segundos totalmente mudo empieza a despertar con el bullicio de la gente que, como pequeñas hormigas vistas desde un palco, se afanan en buscar su sitio, su localidad. Nervios y expectación. Porque muchos, este año, sí conocen quién es



el pregonero: dicen que es un cofrade de los de verdad. Otros no, pero qué más da. Si aquí venimos a ambientarnos un poco al empezar la Cuaresma.

Y mientras esto ocurría, con el respetable completando las filas de asientos de la platea, los músicos de la Banda Municipal ocupaban también su lugar en el foso. Últimos retoques de protocolo en el escenario. El agua, el lugar que les corresponde a los miembros de la mesa, la iluminación. Y lo bien colocado que está ese improvisado altar, que este año llevaba por protagonista a una de esas dolorosas tan granadinas que han salido de las gubias de Ángel Asenjo, con préstamos para la ocasión de algunas cofradías. Y ovación cerrada en el momento en el que hizo su presencia, sobre las tablas, toda la plana mayor de la ciudad: la alcaldesa, el presidente de la Diputación, el de la Audiencia Provincial, el teniente general del MADOC, la consejera de Fomento... Pero, por segundo año consecutivo, el aplauso más prolongado volvió a ser hacia el prelado, don José María Gil Tamayo, que sigue ganándose el afecto del pueblo por su sencillez y sincera cercanía.

La gente parecía estar con el corazón abierto, dispuesta a dejarse llevar y emocionar. Máxime cuando llegó el momento del pregonero, quien se levantó solemne de la mesa, se abrazó al presentador y se dispuso a iniciar su declamación. Pero no había llegado a articular una sola palabra y Pepe Espinel ya recibió el cariño del respetable. Y por méritos propios. Fue una declaración de intenciones, la manera en la que los cofrades se disponían a devolver tan solo una pizca de ese cariño y bonhomía que siempre regala.

A partir de ahí, llegó el momento de la verdad. Solo ante el atril, Pepe Espinel se dispuso a contarle a Granada lo que era la Semana Santa. Esa que, durante tantos años, contó a través de las ondas. Y con melodiosa armonía fue transcurriendo el pregón, marcado por la naturalidad y sencillez del relato y de la declamación. Sin aspavientos ni impostaciones, solo siendo quien realmente es. Buscó una estructura clásica, tal y como él mismo había confesado, donde alternó la prosa y la lírica de una forma elegante e inteligente; pues no todo el mundo que se atreve a componer lo hace con esa gracia ni tampoco sabe separarse de las estructuras tradicionales. Tanto es así que, en alusión a su propio apellido, se arrancó con una espinela dedicada a la Virgen de la Amargura; dejando claro que el pregón, no solo es una plática romántica a la Semana Santa: es también un ejercicio de literatura declamada a los cuatro vientos.

Y poco a poco el pregonero fue desgranando, como pétalos de una margarita, las hojas de su pregón. En su contenido se vio claro quién es Pepe Espinel y cuál es su particular visión de la Semana Santa: una construida en una dimensión fuertemente espiritual y claramente

familiar. Habló de lo suyo y de los suyos, dio testimonio de cómo había llegado hasta aquí, poniendo en valor la amistad, el amor y el encuentro en el seno de las cofradías; y puso de manifiesto el talante de un cofrade maduro que aspira a su vez a la madurez de una Semana Santa sustentada sobre estos sólidos principios y pilares.

Al pregonero le duele la Semana Santa porque la vive. En sus palabras se destiló ese amor y esa pasión. También ese compromiso, no ya por los suyos y lo de su generación, sino por lo que está por venir: por la Semana Santa que empieza a cristalizar en el corazón de los millennial y sucesores. Les habló a los cofrades de la importancia de la juventud, de la savia nueva que crece en las hermandades. De abrir las puertas de las cofradías para que los jóvenes echen ahí también sus nuevas y propias raíces. Porque para Espinel las hermandades son espacio de encuentro para la fe, la amistad y el amor. Lugar de crecimiento y madurez donde seguir escribiendo renglones nuevos en el libro de piedad popular.

De par en par abrió las puertas de su corazón el pregonero y no hubo en el teatro quien no encogiera el suyo y tuviese que tragar saliva ante sus palabras. Está claro que quien se sube a las tablas se queda solo ante el peligro y ahí, ante ese envite, sólo hay dos opciones posibles. Pepe Espinel escogió la mejor de ellas: mostrarse tal cual, desnudar su alma y compartir ante el mundo cómo las hermandades son capaces de sacar, también, lo mejor del ser y la naturaleza humana. La verdadera virtud, el auténtico espíritu cristiano. Y desgranó en sus palabras el dolor por la pérdida de un padre. Y contó el valor de la amistad. Y emocionó con el detalle y el gesto que le brindan los hermanos. Porque en las cofradías, donde a veces reluce tanto la miseria..., también resplandecen la fe, la caridad y La Esperanza.

Podría haber terminado ahí el pregón y hubiera sido uno de los mejores de cuantos se recuerdan en los últimos años. Pero Pepe Espinel siguió llamando al corazón de los cofrades, invitándolos y exhortándolos a una nueva Cuaresma y a una nueva Semana Santa. Y sacó a relucir todo lo bueno que hacen las cofradías. Y reconcilió a muchos con la imagen que de las cofradías se tiene. Exhortó a seguir abriéndole las puertas a todo el mundo, haciendo de las hermandades un semillero fecundo del reino de Dios, donde indistintamente del sentir y de las capacidades, todos tienen su sitio. Qué bonito fue cuando se dirigió a Estefan Rosillo, ese cofrade sin par de la Granada cofrade. Ejemplo de superación, de ilusión, de entrega, de compromiso. Sin maldad y sin malicia. Solo amor. «Su mirada y su sonrisa nos demuestran cada día que ellos son verdaderamente los elegidos de Cristo».

Al salir del teatro, la gente solo se felicitaba por lo disfrutado una mañana como aquella. Así lo manifestaba, precisamente, el arzobispo de la ciudad, José María Gil: «El pregón es una



delicia y para mí es sobre todo una enseñanza, porque vengo a aprender. Me enseña esas dimensiones de una Granada explicada por un hombre como es el pregonero con un estilo literario muy propio, pero al mismo tiempo con una pasión y una religiosidad grandes. Me descubre la devoción de Granada por su Semana Santa y de todo lo festivo que tiene este anuncio que nos llama a vivir la Semana Grande».

La directora del Centro de Estudios Cofrades, María José García Escobar, por su parte, también quiso dejar su testimonio para esta crónica dando cuenta de cómo «no por esperado y conocido, el pregón de Pepe Espinel iba a ser como ha sido, emotivo y muy de familia y para la familia, también para la familia cofrade. No se ha dejado a nadie en el tintero por nombrar. Me ha emocionado enormemente. Estoy conmovida por las palabras que ha dicho, por cómo vive y por cómo siente la Semana Santa. Ha sido muy completo y muy redondo». El presidente de la Federación de Cofradías, Armando Ortiz, redundaba en esta idea también: «Ha sido apoteósico, es un pregón lleno de fe y entusiasmo, de alegría y esperanza. Él lo ha entregado todo y la Semana Santa de Granada debe estar orgullosa de haber tenido un pregonero de este calibre». Amén.



RESTAURACIÓN DEL ÓRGANO DE LA EPÍSTOLA EN PROCESO

Construido en el año 1745 por Leonardo Fernández Dávila

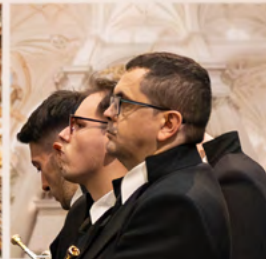
www.joaquinlois.com



Visita el blog del proceso de restauración del Órgano de la epístola de la catedral de Oviedo organocomunidad.org/epistola-proceso.com



VR - Visita el interior del órgano vr.catedrales.org/epistola-proceso.com





LOS PENTAGRAMAS DE PEPE ESPINEL

Que la música es una realidad inalienable a la Semana Santa es un hecho. Y si no, que se lo pregunten al pregonero, gran melómano cofrade que no dejó pasar la ocasión en el transcurso de su intervención en las tablas del teatro Isabel la Católica para reivindicar las melodías cofrades.

De manos de la Banda Municipal de Música, y como es tradición por gentileza de Ángel López Carreño, su director, sonaron tres composiciones escogidas por el pregonero. Todas ellas, guiño ineludible a la Semana Santa granadina: *Cristo de los toreros*, del maestro José Faus, una marcha dedicada a un titular cristológico de una hermandad granadina que nunca llegaría a existir; la otra, *Virgen de las Angustias*, del gran Luis Megías, con la que homenajear la gran devoción de la ciudad de Granada; así como *Passio Granatensis*, del director de la banda municipal, compuesta con motivo de esa procesión magna que tuviera lugar el Sábado de Gloria del año 2009.

Mas el homenaje a la música granadina no terminó aquí. También hubo lugar para la evocación a piano de otras grandes composiciones y de otros grandes artistas de la tierra. A las teclas, el joven pianista Elías Santiago, quien se encargó de fraguar una elegante



mezcolanza de diferentes piezas que hizo las delicias del público allí congregado. Así pues, sonaron los compases de *Nuestro Señor* y también de *El cielo ganó una estrella*, ambas de Ignacio García: uno de esos grandes autores que resuenan por toda Andalucía pero con el que aún no se ha hecho la justicia necesaria. Hubo también espacio para José Faus, así como para la partitura de Moisés Gandolfo en *Coronación de tu Misericordia*. Se recordó también al gran Sánchez Ruzafa a través de *Semana Santa en Granada*, así como a Rocío Bracero y su icónica marcha *La Niña de Santa Ana*. Sonaron además los acordes de *Madonna*, de Elías Santiago, dedicada a la Virgen del Mayor Dolor y que hubo quien el Viernes Santo se negó a que sonara tras el manto morado de la Virgen romana.



UNA ESTAMPA PARA ENMARCAR

A partir del pregón, la Cuaresma fue desgranando no menos intensos e importantes momentos. Ya lo dijo una vez un pregonero: el alma del cofrade se cuaja y nutre de estampitas que van a parar a una caja que termina por conformar nuestra memoria, surtida y repleta de momentos, instantes y vivencias. Algunas, por ser tan efímeras y circunstanciales, terminan por convertirse en permanentes e indelebles en nuestra conciencia. Si no, que se lo pregunten a la Granada cofrade tras haber vivido, el pasado 23-F, un acontecimiento digno para la memoria.

Mirando al cielo, con el saquito puesto, la pelliza y la bufanda al cuello, miles de personas desfilaban a media tarde del primer lunes de Cuaresma por la Carrera del Darro. Iban todos en busca de ese recuerdo. Aquel que venía de la mano de una de las grandes convocatorias que, al llegar este tiempo, realiza la Federación de Cofradías: la celebración del vía crucis oficial. Un acto que no por ser tradicional resulta siempre el mismo, ni cuenta tampoco con el mismo aliciente.

Para la ocasión, había un centenar de motivos para salir a la calle y arropar, como hacía mucho, a las imágenes titulares que se encargarían de presidir el rezo de las catorce estaciones. El día y el parte no acompañaban, pero la estampa sí. ¿Cuándo podría volver a verse algo similar?





¿Las fauces de la tierra nos habrían devorado antes de volver a contemplar una escena como esta? ¿Sería aquella una de las vivencias que contar, en primera persona del singular, a las generaciones venideras? Ya por lo anecdótico, ya por lo espiritual de rezar el camino de la pasión a los pies del mejor calvario que ideara la Historia del Arte, merecía la pena formar parte de todo aquello.

Así lo entendió Granada. O al menos una parte de ella, que acudió a recrearse en la belleza que destilaba un improvisado conjunto escultórico salido de las manos de José de Mora. El homenaje de los cofrades de Granada al más ilustre bastetano en el tercer centenario de su muerte. El recuerdo efímero al Agesandro andaluz que supo sublimar la madera de pino elevándola a la categoría de arte, esculpiendo la muerte del que venció a la muerte, retratando sola a la que más sola estuvo al pie del árbol de la cruz. La felicitación a las hermandades —la del Cristo de la Misericordia y la del Santo Sepulcro— por haber sido depositarias de una devoción centenaria y por haber rescatado, para Granada y su Semana Santa, dos de las mejores obras de arte que custodia y atesora el patrimonio eclesiástico de la silla de san Cecilio.

Y así, con los pronósticos de frente pero con un cielo a medio despejar, se abrieron las puertas. Y discurrieron dos hiladas de cirios desde el interior de San Pedro. Las hermandades se prestaban a acompañar, en tan fría jornada, a aquel improvisado *Stabat mater* que no se repetía desde 1944. Lo hicieron por medio de un amplio recorrido, atravesando el corazón de la ciudad, con la finalidad de enseñar a Granada lo que a Granada pertenece: el tesoro devocional de sus mayores, las glorias del arte que cosecharon sus artistas, el trabajo de las cofradías que engrandece el blasón de la ciudad. Llevando el misterio de la Pasión y la Muerte hasta las calles, sacralizando el espacio urbano; llevando a lo cotidiano —donde pueblan el pecado, la blasfemia y la miseria— la experiencia luminosa de encontrarse de cara con el fruto de la Salvación.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. La paz esté con vosotros.

Padre misericordioso, concédenos vivir este santo vía crucis con fervor y que nuestros corazones acojan tu perdón, para aprender de ti a ser misericordiosos con los demás; con nuestros familiares, amigos, compañeros de trabajo, vecinos, [ya] sean conocidos o desconocidos.

Y hoy, Señor, queremos pedirte especialmente por las víctimas del incendio de Valencia y sus familias, y de todos los que han sido desfavorecidos por este incendio; a los que queremos hacer llegar nuestro consuelo, el tuyo y el de tu madre santísima.



María Santísima, Virgen de la Soledad, que acompañaste a Jesús en este camino, enséñanos a tener sentimientos como los tuviste tú; sentimientos de Cristo Jesús, como nos dice san Pablo, para que aprendamos a través del dolor y de la cruz la ciencia del Amor divino.

Te lo pedimos por Cristo, nuestro Señor.

Con estas palabras, el prelado granadino recibía las andas del Señor de la Misericordia y a los cientos de fieles que las arropaban en la casa de todos. Para la ocasión, y con la solemnidad requerida, acompañó al acto el deán de la Catedral, así como el vicario general, junto con otros sacerdotes diocesanos. Piadosos, los fieles aguardaban con cruces junto a los pilares del templo la llegada de las andas, mientras estas transcurrían, con un solemne racheo, al son de los cantos litúrgicos sostenidos por una solista y el majestuoso órgano catedralicio.

Reflexión, oración, meditación y silencio. Bajo esta melodía fue aconteciendo el rezo de las catorce estaciones del vía crucis, con las andas procesionales dirigiéndose desde la nave de la epístola a la del evangelio a través de la girola. Todo a la vez que, en el exterior, la lluvia descargaba impetuosa sobre la ciudad. Las amenazas se cumplían. Así, al culminar el piadoso acto, la parihuela anduvo por la nave central en dirección al presbiterio, como si fuera a dirigirse desde aquí hacia la Puerta del Perdón. Mas nada más lejos de la realidad. Los pronósticos, nada halagüeños, daban al traste con la intención de iniciar el regreso hasta la iglesia de San Pedro y San Pablo. Así, no tocó más que dejar allí las imágenes, a los pies del altar mayor. Qué imagen, ver cómo el pueblo fiel abandonaba la iglesia; las luces iban tímidamente apagándose hasta que el templo fue en sí mismo una alegoría de la representación escultórica de ambas tallas. Allí, en el interior de la Catedral, en la noche cerrada de ese viernes primero de Cuaresma, cuando todo el *theatrum mundi* se desvaneció, solo quedaban el vacío y la nada. La soledad, el silencio...

EL CAMINO DE LA CRUZ

Desterrado el pueblo de Israel, le tocó a este andurrear por el desierto cuatro décadas en busca de la Tierra de la Promisión. Que se dice pronto. Un largo camino de peregrinación que marcó a fuego el corazón de los hijos de Dios. Paso a paso se fue hollando un sendero de pisadas indelebles que dejaban tras de sí el eco de la introspección, de la culpa, del arrepentimiento; todo a la vez que, en cada huella, se andaba a la búsqueda del perdón, de la redención y de la gracia. Un largo itinerario de transformación y conversión que también es sino para los cristianos, que año tras año recorren esa larga senda que conecta al pueblo de Moisés con los hijos de Cristo; los principios del Antiguo Testamento con los del Nuevo; las promesas reveladas en el monte Sinaí con la redención sacrificial alcanzada en el monte Calavera.

La Cuaresma, pues, volvió a alcanzar un significado trascendente. Y así, la frivolidad y la gresca se estrecharon en torno a la penitencia, el ayuno y la oración. O al menos debió ser esa la intención, el reto y el compromiso. De ahí que las hermandades acudieran a convocar a sus hermanos en solemnes cultos, representados en quenarios y triduos donde los riscos de cirios coronados por las sagradas imágenes titulares de las cofradías procuraban representar





la verdad, el camino y la vida. La vida espiritual, sacramental y eucarística fue el pozo donde beber la savia nueva con la que alimentar el fondo de la vida cofrade.

El ejercicio de los sacramentos alimenta el alma. Pero la escenificación de los misterios de la Pasión y Muerte animan el espíritu y hacen tangible e inteligible lo que en la mesa del altar se celebra. De ahí que los cofrades acudieran también a la piadosa celebración de cuantos actos de piedad propone la Iglesia para hacer llegar a los gentiles la realidad de la Palabra y de la Liturgia: meditaciones, actos penitenciales y vía crucis jalonaron, pues, la vida paralitúrgica de las hermandades, dotándola de ese acento propio y personal que tienen la vida y la experiencia de la fe para los cristianos andaluces.

Y el Señor de los Favores fue el primero en procesionar por las calles de su barrio, contemplando el camino de la cruz. Y también el Nazareno de las Penas, de la Hermandad del Cristo de San Agustín, en las vísperas del primero de los domingos de Cuaresma. La lluvia impidió que saliera a las calles el Señor del Amor y la Entrega, con motivo del cuarenta aniversario de la hechura de la imagen, como también el traslado del Señor de las Tres Caídas desde Santa Isabel la Real hasta Santo Domingo.

Devoto fue el vía crucis del Cristo del Consuelo por las crujías del claustro sacromontano, como también resultó serlo el de la Hermandad del Huerto, arropado por los jóvenes de las hermandades de Granada. Lo mismo que el Señor del Perdón, que salió a las calles del Albaicín, arropado de fieles y hermanos. Y la lluvia, siempre telón de fondo en esta Cuaresma, marcó el curso de los acontecimientos y amenazó su desarrollo. Al menos no ocurrió eso el Viernes de Dolores: la jornada vino marcada por la celebración de los diferentes rezos estacionales que jalonaron la ciudad. En Fígares, Jesús Despojado con el recogimiento habitual que la cofradía de San Emilio es capaz de imprimir a sus actos; en Los Pajaritos, el Cristo de la Buena Muerte, envuelto por los fieles de la feligresía; en el Realejo, a los sonos de la capilla que acompañaba el andar del Señor de la Paciencia; y en La Magdalena, entre claveles rojos, el Señor del Rescate.

Tal y como ha venido ocurriendo en las últimas temporadas, la Granada cofrade asistió a una particular tradición que, progresivamente, podríamos llegar a decir que va asentándose con un poso propio, e incluso promocionándose dentro de las hermandades, quizá como una salida para intentar afianzar y atraer a una nueva base social hacia las cofradías: la infancia y la juventud. Las procesiones infantiles —tan celebradas en otras latitudes al llegar, por ejemplo, la Cruz de Mayo— se van multiplicando en el seno de las cofradías. Primero lo hizo la Hermandad de la Esperanza con su niño canesco salido de la gubia de Fernández Barrilao.

Después, las demás: El Rescate, Salesianos y ahora también San Jerónimo. Iniciativas que se emprenden y que se suman a las que, desde hace ya casi una década, vienen celebrándose en más de una veintena de centro escolares de Granada en las vísperas de la Semana Santa.

Procesiones infantiles que intentan reproducir, hasta el más mínimo detalle, la estética y la realidad de una hermandad al hacer su estación de penitencia. Desde la cruz de guía al último músico del palio, pasando por el preste, el capataz y hasta la pareja de la benemérita que acude de escolta. Una Semana Santa miniaturizada que pretende popularizar el lenguaje de las cofradías en las etapas de enseñanza obligatoria e ir arraigando el peso de la tradición en las nuevas generaciones. Una cuestión loable, qué duda cabe, y que habla de la interrelación directa, sencilla y cotidiana del misterio de la redención humana con el nuevo pueblo de Dios. Todo lo cual nos lleva a preguntar si en este tipo de eventos se halla, de verdad, la auténtica dimensión de una estación de penitencia, la realidad y trasfondo que brota de una procesión —el culto piadoso, la veneración popular— o es solo una infantil caricatura de la Semana Santa: con capirotos de cartulina, bolsas de basura a modo de mantilla y cristos y vírgenes hechos de goma eva. Más allá del cúmulo de buenas intenciones que rodean y envuelven este tipo de iniciativas, ¿es necesaria una banalización de estas proporciones?; ¿es nítido el mensaje que se traslada a las nuevas generaciones al procesionar una imagen que no guarda los principios de decoro o unción religiosa?; ¿es procedente la recreación de un acto paralitúrgico como si fuera una actividad lúdico-recreativa que desarraigue la verdadera naturaleza de lo que es una estación de penitencia?; ¿es edificante la imagen profana que se traslada a la comunidad educativa de los signos religiosos y de los sacramentales —no sacramentos— expropiándolos de su verdadero sentido? Desde luego no toca aquí, ni a quien escribe, dar respuesta; mas me temo que a quien sí le toca, o debería tocarle, aún no ha terminado de reparar en esto. Los tiempos y las cosas de Dios tienen su propio ritmo.

Y así, inexorable como el paso del tiempo, pasó la Cuaresma. Uno a uno se fueron cayendo los días del calendario, como marchitos pétalos de una flor madura. Jornada a jornada tomó cuerpo lo que ahora, eufemísticamente hablando, se viene a denominar el «sueño de los despiertos»: ese conjunto de sensaciones, emociones y penetrantes ilusiones que invaden al cofrade en las vísperas de la Semana Santa. Experiencias e imágenes que alimentan verdaderamente el alma, viendo cómo todo ese trabajo cobra forma al materializarse el montaje de los pasos, al subirse a ellos las imágenes, al ver fundida la cera sobre la candelería; al ver caer los mantos sobre el pollero, dando forma y belleza a esas frías estructuras de hierro que componen la imagen central de un palio visto desde atrás; al planchar el faldón, a la espera de que todo ese esfuerzo, sudor y sacrificio en el recio palo de la trabajadera vuelva a llenarlo de arrugas; al adornar los frisos, claveteados de esponja verde, recubriéndolos de



flores frescas. La fotografía de las vísperas que hacen presagiar la llegada de los días grandes. Un latido, al compás de marcha de procesión, que reverdece como las esquinas de un palio de barrio. Todo a la vez que los noticieros, al igual que los cofrades, no dejaban de hablar del tiempo.



LA SEMANA SANTA QUE (CASI) NO FUE

Si vosotros obedecéis los mandatos que yo os prescribo, amando a Yavé, vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, la temprana y la tardía; y tú cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite.

Deuteronomio 11, 14.

En los telediarios y en redes sociales no han dejado de recordar en los últimos años cómo, debido al cambio climático, la sequía que se cernía sobre nosotros era cada vez más acuciante y desoladora. Que, poco más o menos, no había ya forma humana —y qué decir divina— para solventar la escasez de ese preciado líquido translúcido, insípido e inodoro como es el agua en su estado puro.

Por eso, desde la fe que todo lo mueve, no hubo cofrade que se precie que no rogara e impetrara el don de lluvia sobre los campos. Esa bendición que mana de los ríos y que se echaba de menos sobre los pantanos. Esa agua que reverdece los campos. Esa misma que se acumula, en estado sólido, sobre los picos de la Sierra y que son la mejor reserva para el largo verano. Esa que limpia la atmósfera y alivia los golpes de alergia que tantos sufren. Esa agua



que da la vida y que alfombra de charcos las aceras para regocijo de los más pequeños, que en otro tiempo chapoteaban sobre ellos y llegaban a su casa con las rodillas echadas abajo y *chorreandico*.

Y Dios, que es bueno con sus hijos, los escuchó y los bendijo con el agua. Agua. Agua. Más agua. Y más agua todavía. Incluso, defenestrando el mercurio, invitándola a que precipitara en forma de nieve sobre el Albaicín. La oración sí sirve. Pero los tiempos de Dios, por si a alguien no le había quedado claro todavía, no son nunca los que el hombre espera. Ya se sabe, porque el refranero es muy sabio: el hombre propone... y Dios llega, lo saca de su zona de confort y le desbarata los planes. Esa es la gracia de Dios, no porque sea gracioso, sino porque da aquello que el hombre necesita, pero nunca a capricho.

Bajo esa sintonía, la que marcan las gotas impactando sobre el pavimento, sobre la ropa, sobre la cara, sobre el paraguas, transcurrió la Semana Santa de Granada de 2024. Más húmeda que nunca. Más atípica que cualquiera. Una Semana Santa en la que los cofrades, lejos de ver cofradía alguna, no tuvieron más que resignarse a hacer cola a las puertas de los templos para ver los pasos. O quedarse recostados en el sofá, con la radio puesta o viendo la tarde mientras completaban crucigramas. Vertical. Seis letras. Lo que impide a las cofradías salir. «Lluvia». Horizontal. Ocho letras. Lo que tienes que ir cargando esta Semana Santa. «Paraguas». Tiene guasa la cosa...



EL INICIO FRUSTRADO DE LA SEMANA SANTA

Decía Joselito el Gallo que quien no ha visto una tarde de toros en el Puerto de Santa María no sabe qué es una tarde de toros. Algo similar ocurre en la Semana Santa de Granada con la Hermandad de la Borriquilla. Quien no ha visto andar al misterio del Señor de la Entrada en Jerusalén no sabe qué es, verdaderamente, un Domingo de Ramos.

Y es que todas las hermandades tienen su encanto, su papel y significado dentro de la Semana Santa, piezas inexcusables de ese complejo y piadoso puzzle que compone en el espectro de la religiosidad popular granadina. Pero ninguna como la de La Borriquilla es capaz de tocar tan fuerte en el corazón de los cofrades. Y claramente tiene un porqué lleno de matices. Porque es la hermandad con la que sueñan los niños, vistiéndose por primera vez como pequeños hebreos, portando palmas para anunciar la llegada del Mesías. Porque es la cofradía donde nacieron tantos hermanos que hicieron de su juego cofrade un sentimiento profundo y maduro que ha alimentado esta y otras hermandades a lo largo de su niñez, adolescencia y adultez. Porque es la cofradía que abre la Semana Santa, ya en San Andrés, ya en el Perpetuo Socorro, como otrora fuera; concitando a las fuerzas vivas de la ciudad, dispuestas a reconocer la fuerza, el peso y el poder que la Semana Santa tiene para tantas esferas de nuestra sociedad: de la religiosa a la política, pasando por la económica, la turística,





la cultural, la artística... Porque es la primera de todas en la calle, el prelude más glorioso y triunfal que cupiera en la Semana Santa, alegre en el colorido de su cortejo, en la viveza que imprime la tierna juventud de sus hermanos, en las dulces formas que modelan la esbozada sonrisa del Señor a los lomos de un humilde jumento, en las tiernas facciones de la Virgen de la Paz destilando el amor materno del que adolece nuestro mundo.

Desde que amaneció el día a un nuevo Domingo de Ramos, en el ambiente pesaba el desánimo que habían venido sembrando los aciagos pronósticos del tiempo. En las calles no se dejaba sentir esa expectación de día grande, de verdadero Domingo de Ramos, todo aun cuando los cofrades no se resistían a cerrar esa ventana a la esperanza que permitiera, como otros años, ir sorteando las borrascas y, a base de recortes y acelerones, conseguir poner en la calle a las hermandades. No era la primera vez —ni, qué decir, la última— en la que los cofrades tenían de frente la amenaza de lluvia; y quizá, como en otras ocasiones, tal y como había ocurrido en el mes de octubre con la Procesión Magna del Encuentro Nacional de Hermandades y Cofradías, después de la tormenta vendría la calma. Sería cuestión de mantener el alma en vilo hasta el último momento, esperando el milagro de un *Deus ex machina* capaz de deshacer el entuerto y salvar, para gloria de los hombres, el inicio de la Semana Mayor.

Y con esa esperanza, Granada se echó a la calle. Al abrigo del desvaído sol que alumbraba la ciudad, los cofrades acudieron a las puertas de San Andrés. El pinganillo puesto en la oreja para sintonizar las cabeceras de los programas cofrades que copan la parrilla radiofónica en estos días, para ver qué decide la hermandad y cómo empieza a marchar la jornada en los diferentes puntos de actualidad. El móvil cargado para, apostado a las puertas de la iglesia, poder ver las retransmisiones que, en *streaming*, ofrecen algunos de los medios televisivos de la ciudad y pulsar el ambiente que se vive en el interior de los templos momentos antes de que tenga lugar el inicio de la estación de penitencia y el hermano mayor se dirija a los miembros del cortejo.

El mediodía fue quedándose atrás para dar paso a los primeros compases de la tarde. Se acercaba la hora de la salida de la hermandad y en las puertas de San Andrés no estaba el bullebulle que corresponde a los minutos previos a la salida de la cofradía. No estaban los políticos en la puerta y el reloj parecía dormirse en los tiempos de espera. Así hasta que llegó el momento. El hermano mayor de la corporación, José Antonio Gámiz, se dirigía a sus hermanos y a Granada:

Acabamos de recibir el último parte meteorológico y se confirma, pues, el peor de los pronósticos. Climatológicamente no es que vaya a haber mucha lluvia, pero se nos confirma que a partir de las seis de la tarde hay muchísima probabilidad de lluvia, y no solamente lluvia —porque ya tenemos la experiencia desagradable de afrontar una lluvia—; porque en esta ocasión sería barro. Entonces, antes de poner en peligro a nuestros titulares, con algún deterioro que pudieran sufrir por el barro y todo lo que podría ocasionar esta climatología, el Cabildo de Oficiales, a pesar de los pesares, ha decidido suspender la estación de penitencia.

Sin La Borriquilla en la calle, la Semana Santa de Granada de 2024 empezaba a ser menos semana santa. Gámiz, en nombre de la junta de gobierno, asumía con suma cautela los pronósticos, reconociendo el peso que ejercía la incertidumbre sobre las decisiones: «No sabemos si nos vamos a equivocar o acertar con esta decisión, y sobre si va a llover o no llover, pero ante posibles riesgos, primero están nuestros titulares y nuestro patrimonio humano, que son los niños». No caía una sola gota en la calle Elvira en el momento de la suspensión, pero evidentemente en el recuerdo estaba el diluvio universal que le cayó en cierta ocasión a la hermandad cuando salía de Catedral y andando por la calle San Jerónimo. ¿Y si además esa agua, como decía el hermano mayor, cayera mezclada con arena del desierto en una fangosa calima como la que ya precipitó sobre Granada en 2022 y dejó todo embarrado y teñido de arcilla?

Desde otros puntos de Andalucía llegaban también noticias. La lluvia estaba haciendo estragos en las cofradías. En el mejor de los casos, imponiendo la suspensión de sus respectivas salidas, en otros escenarios obligándoles a correr y buscar refugio. Una colección de imágenes y estampas que iban llegando a Granada y que formaban parte del caldo de cultivo de las juntas de gobierno de la ciudad de la Alhambra a la hora de alcanzar una decisión. Una cuestión que, precisamente, valora también el director de *Pasión por Granada*, de Radio Granada: «las decisiones que tomaron las hermandades estaban totalmente justificadas y creo que totalmente acertadas, independiente de lo que hiciera cada una de ellas y lo que esto supusiera para el resto. No se trata de elucubrar o de si se puede completar el recorrido en dos horas y veinticinco o en tres horas y cuarto».

Decisiones que vinieron motivadas, principalmente, por las incertidumbres y las amenazas que pesaban. Y en efecto dominó, a medida que se acercaba la hora de la salida de las diferentes hermandades, se fueron dando a conocer las decisiones de los respectivos cabildos de oficiales. Así, por ejemplo, la diputada mayor de gobierno de la Santa Cena, Esther Labrat, daba a conocer la decisión de la junta de gobierno de la corporación sacramental, motivada por las «previsiones negativas, con tormentas de barro y grandes rachas de viento [...], y



teniendo en cuenta el patrimonio humano y artístico de la hermandad, y más en un año como este, tras la restauración del techo de palio». También harían lo propio Las Maravillas y Jesús Despojado, que decidieron no realizar pública estación de penitencia, dejando *in albis* el Domingo de Ramos tanto a orillas de la Acequia Gorda como en la Carrera del Darro.

Un breve tiempo de receso tomó la Hermandad del Cautivo para alcanzar una decisión. Sobre esta corporación, cuya sede radica en el convento de la Encarnación, pesaban diversos factores. De un lado, y como al resto, la amenaza de lluvia ponía en serio peligro la integridad de la cofradía en la calle: el barro y el agua, junto con el viento, podían perjudicar gravemente la ebanistería del paso de Cristo, lo mismo que los bordados decimonónicos que tachonan el manto. Del otro, la necesidad de inyectar una dosis de optimismo y esperanza en los hermanos, después de la árida travesía que a nivel interno han venido padeciendo, así como rehacer las costuras que otros habían hecho saltar por los aires, comprometiendo el proyecto evangélico de la corporación por motivos que no vienen al caso. La nueva junta de gobierno, presidida por Alejandra Fernández Cabrera, se encontraba en la delicada tesitura de apostar y arriesgar o, de lo contrario, mantener una posición más conservadora y garantista.

Como la propia hermana mayor ha confesado en distintos medios, la decisión fue colegiada y se contó también con la participación y opinión del delegado de día, Antonio Javier Delgado. «Teníamos el corazón encogido, era una decisión difícil. Siempre hay un margen de error, pero en este caso era muy alto; aunque la decisión que alcanzamos no creo que fuera errónea. Sé que ha habido comentarios desfavorables y detractores, incluso dentro de la propia hermandad, pero también mensajes de apoyo, que hacen encontrarle el sentido al esfuerzo que se hace», aseguraba Fernández Cabrera.

Y contra todo pronóstico, y con la cosa pintando bastos, la gente quedó sorprendida a la par que agradecida al ver cómo al menos una de las cinco cofradías iba a poner su cruz de guía en la calle. Túnicas de sarga marrón seráfico y capirotos de blanco candor empezaron a inundar la plaza de Alonso Cano. Grata imagen desprendió la cofradía al paso del cortejo, cobrando poco a poco el tono que perdió, mientras bajo el intradós de la parroquia de la Expectación cuatro ciriales con hachas rojas anunciaban la presencia de Nuestro Padre Jesús Cautivo. A los sones de *La muerte no es el final*, de Cesáreo Gabaraín, afrontaba el paso, comandado por Juan José Fernández Lamolda, las maniobras de salida. *Marcha Real*. Recayendo sobre el izquierdo, el maniatado de Dubé de Luque salió a las calles, entre el cimbreo del frondoso olivo que lo encuadra y el vaivén de las borlas que culminan el cordón dorado que inmoviliza las manos del solitario Cristo de la Encarnación.



AOE



El Domingo de Ramos cobraba forma. Los músicos de la Agrupación María Santísima de la Cabeza, de Exfiliana, se encargaban de ponerle melodía a una jornada aciaga. A los sones de *En la paz de tu mirada*, el paso de Cristo enfrentaba los primeros metros de la plaza, frente por frente al palacio episcopal, ante la mirada de cientos de granadinos, del arzobispo de la ciudad, algunos de sus familiares y uno de esos sacerdotes que se ha empeñado en darles a las cofradías la dignidad que requieren dentro de la Iglesia. La magia se hacía posible cuando nadie la esperaba y se cosechaba ese cariño del que tanto ha adolecido también la cofradía en los últimos años. Y, así, llegó Ella. La Virgen de la Encarnación, resplandeciente bajo su paso de palio, con un exquisito exorno floral —en tonos morados y rosáceos— y floridas esquinas.

Con sus partichelas, los músicos de Torredonjimeno interpretaban *Encarnación, reina de San Jerónimo*, para la única dolorosa que salió a las calles en este Domingo de Ramos, vísperas de la fiesta de la Encarnación. Un momento de gran intensidad y de gran emotividad, máxime cuando toda Granada se agolpaba al paso de la cofradía para arroparla en su decisión valiente de salir a la calle, desafiando al tiempo y a las imposiciones terrenas. Pues la hermandad había conseguido suprimir de su recorrido la plaza de la Trinidad para intentar ganarle horas al reloj y no permanecer en la calle, en principio, más de lo estrictamente necesario.

Emotivos fueron los momentos que se vivieron, por ejemplo, en la plaza de Jesús del Rescate, frente a las puertas de la Magdalena, cuando el paso de palio arrió frente al estandarte de la cofradía del Lunes Santo. Hubo *llamá* por la Hermandad del Rescate y el palio voló para gloria de los cofrades que veían cómo el Domingo de Ramos se revestía de una aparente normalidad. Elegante trabajo el de los pupilos de Adrián Hernández, así como de los músicos jiennenses de Torredonjimeno, que devolvieron la ilusión a Granada ante tan contrarios pronósticos. Retuvo el palio, echó hacia atrás al son de los cascabeles, para terminar abriendo el compás y ganarle metros a la calle. El roneo de los palios de una hermandad de barrio que, sin tenerlo, hizo de la ciudad su propio barrio.

La gente se preguntaba por qué la hermandad se permitía estas licencias, cuando el riesgo y la amenaza de lluvia era más que inminente. Por qué, si la corporación nazarena había podido contar con la aquiescencia de las fuerzas vivas de la Semana Santa para cambiar algunos puntos del recorrido, no hicieron lo mismo a la hora de flexibilizar los horarios estipulados. La hermana mayor lo explica:

Todos los hermanos mayores sabíamos que el protocolo de la Federación de Cofradías dejaba claro que solo podían hacerse cambios puntuales de recorrido y que no se podía cambiar la hora de entrada en Carrera Oficial. Eso lo sabíamos, incluso ha generado controversia con la propia

Federación, que ha querido explicar que esas indicaciones hacen referencia a que no se puede retrasar, pero sí adelantar. No obstante, en la reunión previa del Cabildo de Oficiales, cuando nos planteamos salir, y donde está presente el delegado de día, él mismo nos corrobora que tenía instrucciones de que no podíamos entrar antes. En la calle, cuando se nos avisa de que va a empezar a llover, no podíamos hacer nada, porque no podíamos adelantar horarios. Al empezar a chispear decidimos acelerar el paso y poner la cruz de guía en la calle Ganivet. Al vernos allí, veinte minutos antes, fue cuando el delegado y la Federación nos dejaron pasar antes.

Para ese momento ya era tarde. El agua terminaba por hacer acto de presencia, precipitando sobre la ciudad, sobre los edificios, el pavimento, el mobiliario urbano, los paraguas que se abrían... y sobre la cofradía que discurría por la plaza de Mariana Pineda camino del palquillo de la Federación de Cofradías. Cuando levantaba el paso del Cautivo para afrontar la variación, Fernández Lamolda les pedía un esfuerzo a sus costaleros: «Y ahora el Señor nos pide que andemos, sed obedientes. ¡A esta es!». Entre los paraguas, ovación cerrada del respetable al paso de la cofradía, aplaudiendo el valor y el esfuerzo por haber llevado a Granada un suspiro de la Semana Santa. *Virgen de la Paz* sonaba tras el Señor, mientras el capataz comandaba a la cuadrilla con la izquierda hacia adelante y la derecha hacia atrás para discurrir por la calle Ganivet. Antes de llegar al palquillo, el paso se detenía y subía hasta las plantas del Señor el prioste de la hermandad, para retirarle las potencias al Cautivo y colocarle un chubasquero negro con el que guarecer a la imagen de la lluvia.

«Como venís andando con el Señor, que no haya miedo ninguno. *Tós por igual*, valientes. ¡A esta es!». Levantaba el paso. Golpe de aro de los músicos de Exfiliación. *Redención por Sevilla*. Abría el compás el paso de Cristo a la voz del capataz: «Venga de frente con él, la derecha atrás. Bueno... Andando con él, duro y valiente siempre con él. Andándole». A los pies del respiradero, Andrés Palacios, corrigiendo el andar: «Más la izquierda *alante*». A los mandos, Fernández Lamolda exhortaba a los suyos: «Más paso a la trasera. Duro y valiente con él siempre. La derecha *alante* ahora, Sami. Bueno... ¡Qué poderío ahí abajo! ¡Así los costaleros honestos de verdad! ¡Qué oficio, cuánto oficio hay ahí! ¡Duro y valiente con él! ¡No tengáis miedo! ¡Más paso a la trasera!». Todo bajo el ritmo intermitente de la lluvia y el aplauso de los fieles.

Para ese entonces, el paso de palio ya había atravesado el Puente de Castañeda a paso *mudá* y medio a oscuras, pues el viento había hecho apagar todos los cirios de la candelería. Los pupilos de Adrián Hernández venían comiendo calle, haciendo vibrar la flor de las esquinas, y en un abrir y cerrar de ojos se pusieron sobre el asfalto de la plaza del Campillo bajo. Al pie del cañón, los músicos de Torredonjimeno, dándole compás al discurrir costalero, entre cornetas y cascabeles, para no dejar desfallecer el ánimo de propios y extraños. En ese momento, lo

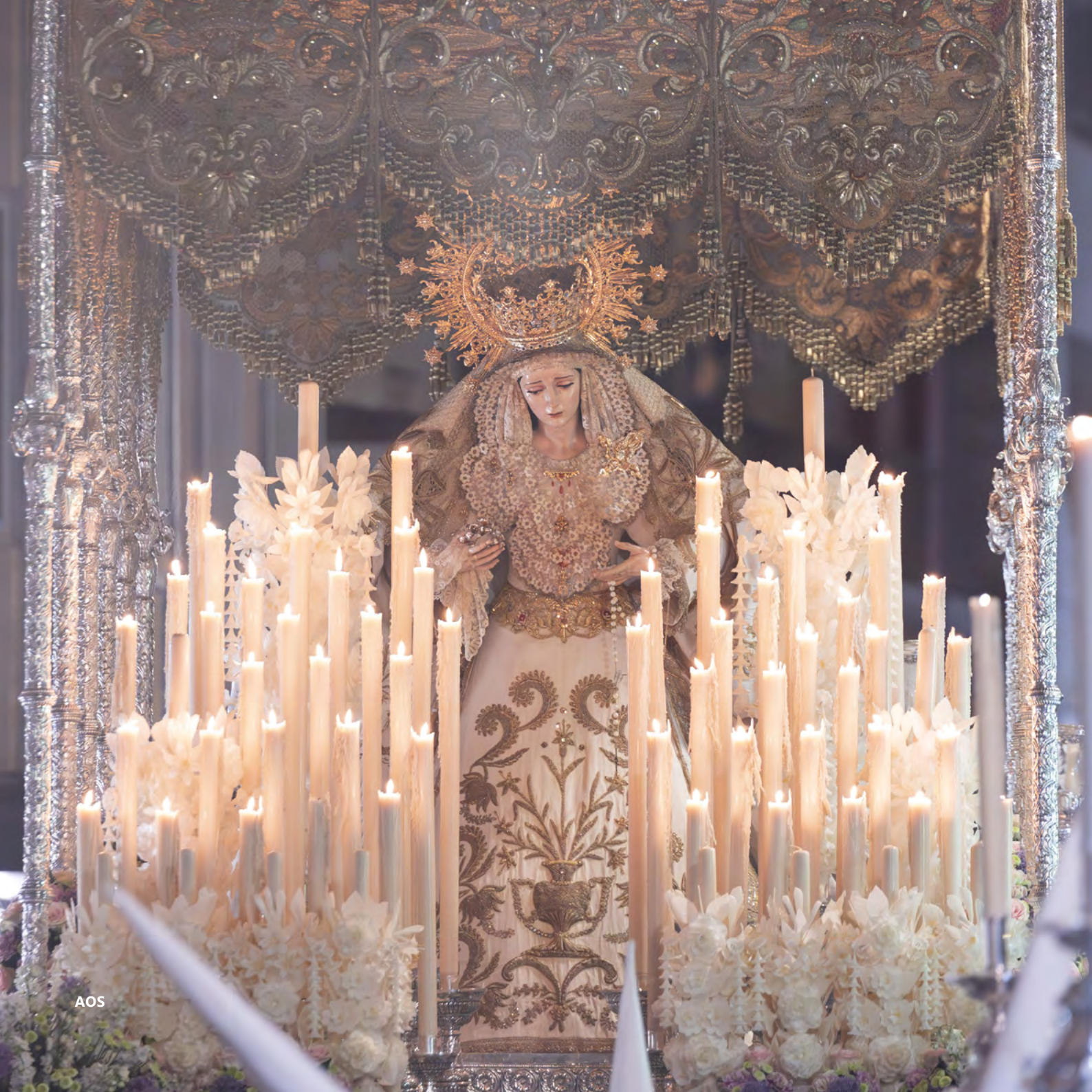


que eran unas tímidas gotas de agua había pasado a convertirse en un aguacero. Cuando levantó el paso de palio, reviró como un suspiro la Virgen de la Encarnación y, tras apenas unos compases a tambor, arrancó la música con la partitura de *Macarena*, de Abel Moreno. «¡Vámonos, la gente buena! ¡Vamos andando con Ella!», espetaba Adrián Hernández, mientras de frente el palio le ganaba metros a la calle fugazmente. Mientras, desde la acera alguien espetaba: «¡Viva la Virgen!».

De esta manera, la tromba de agua que descargaba sobre Granada pasadas las nueve de la noche convertía la estación de penitencia de la Hermandad del Cautivo en una suerte de gesta de tintes pírricos, al haber conseguido sobrevivir a los condicionantes del tiempo, mientras las discusiones bizantinas discurrían en redes sociales cuestionando, desde el calor del brasero, la decisión de la hermandad. «Cuando llegamos a Catedral, la gente me decía que, ya que estábamos allí, por qué no entrábamos a la Catedral para hacer la estación de penitencia», confesaba la hermana mayor: pues —como ella misma reconoce— porque allí no había nadie, ni de Federación ni del Arzobispado. «Aligeramos mucho, casi una hora, y allí no había nadie, ni el arzobispo, ya fuera porque se había ido o porque no le habían avisado. Así que entramos directamente a nuestra iglesia, a hacer allí la estación de penitencia con nuestro consiliario y con el padre Jaime Garrido, que nos acompañó».

La lluvia remitía pero no cesaba. Mientras el paso de misterio no cejaba en su empeño de andar y perderse en la variación con la Plaza de Alonso Cano, para adentrarse en el interior del Sagrario, el palio había generado un ambiente extraordinario, con la gente arrojando a la Virgen de la Encarnación mientras tras el manto no cesaba la música. Y cuando la lluvia no paraba, sorprendentemente empezaron a llover pétalos también desde los balcones de Marqués de Gerona. La hermandad había suspendido su estación de penitencia, la situación había obligado a poner rumbo directo hacia su sede y apremiar cualquier tiempo innecesario, si bien siempre se pueden sacar momentos para lo que a uno conviene.

«Como en todas las estaciones de penitencia, como en las soleadas y esplendorosas, siempre hay cosas que mejorar y no caer en triunfalismos», advertía la hermana mayor Alejandra Fernández. De ahí que se dispusiera a hacer crítica de aquellos errores y faltas cometidos, mas sin ensañarse, puesto que reconoce también que «han sido muchos los frutos espirituales y fraternales de esta estación de penitencia, aunque no la hayamos hecho en el interior de la Catedral». Confiando, además, en cómo la imagen de la hermandad consiguió salir reforzada de este Domingo de Ramos gracias a la compostura excepcional de los hermanos. «Estoy segura de que esto nos ayudará a seguir creciendo», concluye.





Pasada la Semana Santa, llegó el momento del balance y de la rendición de cuentas. De ahí que la hermana mayor confiese algunas cuestiones de vital trascendencia: «El Domingo de Ramos tuve el acompañamiento del delegado de día, pero ninguno del resto de miembros federativos estuvo pendiente. Pese a todo, quise agradecer en el pleno de hermanos mayores a algunos miembros de la Federación desde el amor al prójimo y el espíritu fraternal, porque nuestra misión es ayudarnos y todo lo que pasó debe aclararse para el bien de todos».





LO QUE NO FUE Y PUDO HABER SIDO

El escritor Sergio Berbel, al terminar el Domingo de Ramos, dejaba un vaticino providencial de lo que había sido aquella jornada y cuál podía ser su relación directa con el futuro más próximo e inmediato de la Semana Santa, de cómo ese 24 de marzo de 2024 podía llegar a convertirse en el preludio de quién sabe qué. Solo había que esperar para ver cómo se desarrollaría la actualidad, cómo sería el devenir de los acontecimientos y descubrir cuáles eran los infaustos designios de Tempestas sobre la realidad cofrade de nuestra tierra.

El amanecer del Lunes Santo traía consigo un baño de resaca emocional. Uno de los costaleros de La Borriquilla, Aitor Cuadros, ya había ayudado a fotografiar el ambiente que tocó vivir el día anterior: «Antes de suspender, ya estaba esa sensación de que no había ambiente de Domingo de Ramos». Las aplicaciones, los periódicos y el sursuncorda venían dando la brasa de cómo iba a pintar la cosa en la Semana Santa. No era sino una prolongación de lo que se había podido vivir durante los fines de semana de Cuaresma y, de alguna manera, los cuerpos ya parecían estar hechos a lo inevitable. Más aún, como apuntaba Juan Manuel Molina, de la Hermandad de la Aurora, cuando la suspensión de algunas de las hermandades icónicas marcaba el sino: «El hecho de que en un Domingo de Ramos no salga La Borriquilla, te deja trastocado».

Un desánimo y una pesadumbre que fueron penetrando en el corazón, a la vez que nos ponía irremediabilmente de frente con la realidad. Pues, con todos los partes a la contra, la segunda jornada de la Semana Santa, la del Lunes Santo, se presentaba igualmente compleja. Con el cielo cubierto, y el compromiso de la lluvia de convertirse en la verdadera protagonista, poco se podía esperar. Y, finalmente, así fue. Como en un castillo de naipes, las ilusiones se fueron desmoronando piso a piso a medida que las horas avanzaban y llegaba el momento de que las cofradías hubieran de alcanzar la decisión de si salir a la calle o, como aconsejaba el tiempo, quedarse al abrigo del templo.

De alguna manera, cuando los nazarenos de las cofradías del Lunes Santo empezaban a vestirse, tenían conciencia de cuál iba a ser su destino esa tarde, previendo las lógicas decisiones a las que llegarían los respectivos cabildos de oficiales. Y más aún cuando los partes que manejaba la Federación de Cofradías, y que fueron distribuyéndose tanto a los medios de comunicación como lógicamente a las hermandades, despejaban de dudas el horizonte. A veces no hizo falta mirar ninguna predicción, solo sacar la mano por la ventana y dejar que la lluvia te mojara los dedos para saber que estaba lloviendo: ¿quién iba a sacar una cofradía lloviendo? Ciertamente, en Granada todo es posible, y en otros momentos se ha asistido a todo tipo de circunstancias, pero...

Pues eso mismo. Cuando apenas faltaban cinco minutos para las cuatro de la tarde, y cuando todo andaba rodado en el interior de la iglesia del Corpus Christi, era el momento de ver qué hacer. La Hermandad de la Luz era la primera en tener que tomar una decisión al respecto. La cofradía que más recorrido tiene de toda la Semana Santa y, por tanto, la que mayor exposición tiene a los ojos de las inclemencias del tiempo. Cuestiones que fueron debidamente dirimidas por la junta de gobierno que preside Ángel Aguilera, quien se subió hasta el ambón de la parroquia para dar a conocer la resolución de los hermanos oficiales:

Hermanos y hermanas de la Venerable Hermandad de Caridad del Santísimo Cristo del Trabajo y Nuestra Señora de la Luz: siento comunicaros que se va a suspender la estación de penitencia a la Santa Iglesia Catedral por la inestabilidad meteorológica, ya que los partes que manejamos dan lluvia durante toda la tarde. Somos una hermandad muy larga, con muchísima gente, con un patrimonio que estamos haciendo con mucho esfuerzo y poco a poco, y si el Señor del Trabajo y la Virgen de la Luz así lo han querido, así lo tenemos que respetar, y así debemos aceptarlo: resignados; y debemos ahora más que nunca estar unidos y rezar de la manera que nosotros sabemos rezar, acompañando a nuestros titulares durante todo el día de hoy y seguir trabajando para hacer y conseguir que esta hermandad cada día sea más grande y llegue más lejos, como está llegando.



En el interior del templo se intentó dar sensación de aparente normalidad a un Lunes Santo marcado por la lluvia. Pues, junto con el canto de las saetas, y como había anunciado el hermano mayor, hubo momento para la recreación cofrade, con *levantá* de los pasos y marchas también para animar al respetable. Ya con las puertas abiertas, Paco Carrasco se estrenaba al frente del martillo del Señor del Trabajo llamando a las costaleras del paso de misterio:

Costales, Ana, Rosi, Pili, vamos a verlo de verdad. ¡Qué orgullo y qué casta tiene mi gente queriendo al Señor! Tenía muchas cosas que decir y muchas guardadas para el Lunes Santo, pero el Señor ha querido que sea aquí. Y donde manda Él, los demás obedecen. ¡Qué casta y qué orgullo tengo de hermandad! ¡Qué orgullo de hermandad tenemos! Empezando por su junta de gobierno y por todos sus hermanos que están aquí. Cómo no, no podía olvidarme de su barrio: el barrio del Zaidín. El que lo mira a la cara ahí fuera y lo espera todos los años. ¡Disfrutad, ¿eh?! ¡Qué orgullo tengo de gente aquí debajo! Aunque soy un recién llegado, os quiero como nadie y disfruto del Señor como nadie, ¿eh? Me habéis enseñado a quererlo mucho. Y no me puedo olvidar de las costaleras que no están aquí debajo ahora mismo, que están fuera o que están pasando un mal momento. Algunas están ingresadas. No me puedo olvidar de ellas. Igual que de todas vosotras, de las madres que dan vida y de los niños que se ponen malitos, y el Señor les ayuda a que salgan de su enfermedad. Sonrisa en la cara tenéis que tener. Disfrutad del rey del Zaidín. A volar la gente buena de verdad con casta. ¡Al cielo! ¡Tos por igual! ¡A volar de verdad! ¡A esta es!

Se permitió la cuadrilla dar una breve *chicotá* en el crucero de la iglesia. Para quitarse el gusanillo. Para cumplir con la tradición. Para atender a la necesidad de hacer Semana Santa en el Zaidín. Su poquito de roneo y de vuelta al sitio, que también los costaleros de la Virgen querían su minutito este Lunes Santo. Sonó el martillo del paso de palio y el capataz se dirigió a los suyos. Un momento íntimo, de comunión y fraternidad, donde se aprovecha para recordar y animar, para homenajear y premiar. Los *jipíos* se escuchaban al pie del respiradero cuando Esteban López se acordaba de Monchi, compañero de trabajadera del palio de La Luz. Momento emocionante en que el afecto y el sentimiento se entremezclan con la pasión y la devoción, generando ese poso humano y sensible de una fe compartida. Cuando atronaron los varales contra la mesa y los flecos chocaron con las cañoneras del palio, toda la iglesia fue un estruendo de aplausos y vivas. El barrio profundo. Las entrañas de una Semana Santa que no se cuenta, se vive. Unos gritaban «¡Zaidinera, guapa!» a la dolorosa de Espinosa Alfambra, mientras desde abajo —con más devoción que oído— le cantaban el *Ave María*.

No quiso la hermandad privar a su barrio de llevar a la Virgen de la Luz hasta las plantas de la calle Navarra, en la intersección con Polinario. Se asomó el paso de palio hasta la puerta





mientras no cesaban los vítores y las aclamaciones a la Virgen, la hermandad y los costaleros. Mientras, de forma tan espontánea como votiva, se entonó el ya himno oficioso de esta titular mariana, ese que se desgaja de los compases de la marcha *Luz del mundo, reina del cielo*, de Daniel Sánchez Madrid. Y así la música se convirtió en una de las verdaderas protagonistas de la tarde zaidinera, entre cantos populares, saetas y las marchas que interpretaron las formaciones musicales que habían de acompañar a los pasos en esta primera estación de penitencia del barrio de la Semana Santa de Granada en el barrio del Zaidín.

Y circunstancias parecidas empezaron a brotar en la tarde del 25 de marzo en otros puntos y latitudes de la ciudad. A las puertas de los templos se fue congregando el pueblo fiel, paraguas en ristre. La lluvia estaba dispuesta a impedir la celebración de las salidas procesionales, pero no iba a medrar el ánimo y el espíritu de los cofrades de reencontrarse con sus imágenes, con esos iconos devocionales que componen la panoplia de la religiosidad popular en la ciudad de la Alhambra. Como muestra, un botón; pues de eso mismo daba cuenta, resumidamente quien se subió al atril tras la diputada mayor de gobierno al anunciar la suspensión de la estación de penitencia. «Llueva o no llueva, hoy es Lunes Santo. Casi *na*. [...] Lo que menos nos gusta a los cofrades es la lluvia, pero demos gracias al Señor por esta agua tan necesaria que nos está regalando».

Las sostenidas precipitaciones dejaban clara la deriva de la jornada y solo era cuestión de tiempo que, hermandad a hermandad, se fuera anunciando la suspensión de la estación de penitencia. En la Magdalena, el deán de la catedral, junto con el rector de la basílica de San Juan de Dios, se encargaban de celebrar la misa junto a todos los hermanos del Señor del Rescate. El preludio espiritual a la apertura de puertas del templo y al reencuentro de los fieles con la imagen del maniatado de Diego de Mora, que lucía para la ocasión la túnica de los castillos y leones, esa que salió de las manos y dedos de Cándida Prados.

A las puertas del atrio de las Comendadoras de Santiago la «rebullasca» no fue menor. Los paraguas aguardaban la decisión de la junta de gobierno de la Hermandad del Huerto. ¿Volvería la cofradía a salir para luego volverse y salir de nuevo como hiciera otrora? Desde luego, no. Las perspectivas meteorológicas daban por imposible cualquier maniobra y tentativa a este respecto. La inevitable suspensión fue recibida con la resignación que tocaba y tan solo hubo lugar para las maniobras de acondicionamiento de los pasos en el compás. Momento duro que la recia voz del capataz del palio, Dionisio Martínez, fue capaz de retratar con apenas un puñado de palabras al tocar el martillo de la Virgen de la Amargura: «Que no se vea subir, que es la única que vais a hacer. Que sea eterna».

La realidad se imponía. De ahí que solo cupiera esperar a que las puertas se abrieran y, frente al misterio del Señor de la Oración en el Huerto y la dolorosa de las Comendadoras —que ya sí que parece que nunca más irá con las manos juntas—, la gente presentara su respeto y su oración. El hermano mayor, Mariano Sánchez Pantoja, expresaba el sentir de la junta de gobierno y de los miembros de la corporación nazarena: «Es una decisión muy dura, claro que sí. Es todo un año preparando el día más importante de la hermandad, pero tenemos la responsabilidad de que esta hermandad perdure en el tiempo». Recordando el valor y la importancia material y personal que se conjuga al hacer una cofradía: «Somos depositarios de un patrimonio humano y artístico, y no podemos exponerlo a las inclemencias del tiempo». El marcador, a la contra: Realejo 0, Lluvia 2.

En San Antón, y aunque aún faltara un buen rato para que la hermandad tuviera que poner la cruz de guía en la puerta, las cosas parecían bastante claras. Como siempre, entre los corrillos cofrades no faltó el chascarrillo y la sorna. Los de San Agustín, conociéndolos, habían suspendido su salida el Domingo de Ramos. Hay quien estas cosas se las toma muy a pecho y creen que es verdad. Que el conservadurismo de la cofradía a la hora de ponerse en la calle con riesgo de lluvia la lleva a reacciones estúpidas como éstas. Nada más lejos de la realidad. Simplemente, la hermandad cuenta con la lucidez necesaria para saber lo que tiene entre manos: un crucificado castellano de cinco siglos de historia y una imagen pública a la que no le pegan ni las carreras ni el ir echando plásticos, aunque los lleve guardados bajo los pasos por si las moscas. Y, oye, que cada hermandad es soberana y la decisión que adopten bien tomada está; pero es saber dónde está cada uno, cuáles son las realidades inherentes a cada cofradía, a su espíritu y carácter, así como a la naturaleza propia de sus hermanos.

Sí jugó la hermandad una baza que hasta ahora no había puesto encima del tapete. El cabildo de oficiales se reunió antes de lo acostumbrado, visto cómo pintaba la cosa, para evitar a los hermanos que se vistieran de nazareno e ir dando tumbos con la túnica. No era desalentar a los hermanos a que acudieran, con su papeleta de sitio, a hacer estación de penitencia —dentro o fuera—, pero sí evitar las incomodidades de ir lloviendo por la calle con la túnica puesta y sin tener cómo resguardarte. Un nazareno vestido, sin lucimientos y con la cara descubierta, con un capirote de cien centímetros, ¿dónde mete el paraguas? Una decisión tan razonable como dolorosa, puesto que hubo hermanos que llegaron a confesar la extrañeza que provocaba que, siendo Lunes Santo, no pudieran llegar a vestir la túnica nazarena, dejándola inmóvil y vacía, planchada sobre la cama, sobre la silla. Como si, de verdad, no fuera Lunes Santo.



La espiritualidad monástica de los hermanos del Santo Cristo se vivió, como siempre, de puertas hacia adentro. Pero no impidió que se abrieran las puertas del templo, una vez que se desalojó y no quedaron nazarenos en su interior, para que los granadinos acudieran a contemplar los pasos dispuestos a los pies del presbiterio. A rezar, como en tantas ocasiones, ante la imagen del Sagrado Protector. A consolar a María, junto a San Juan y Santa María Magdalena, al pie de la santa cruz.

De igual manera, la gente aguardaba con la misma sorna y retranca que la Hermandad de Nuestra Señora de los Dolores le echara dídimos, como hiciera el Domingo de Ramos El Cautivo, y salvara aquel Lunes Santo. ¿Quién no ha escuchado hablar de ese voto de la cofradía de hacer estación de penitencia llueva o no llueva? Las esperanzas estaban puestas, junto con las ganas, sobre la mesa y el cortejo, en el interior de San Pedro y San Pablo, totalmente dispuesto. Las camareras en sus tramos, cirio en mano y el pabilo colgando, y los nazarenos con el antifaz puesto prestos para iniciar su itinerario hasta la Santa Iglesia Catedral. Con la estadística en la mano, las quinielas apuntaban a que la hermandad huía hacia adelante. El sí cotizaba con más fuerza que el no en el parque cofrade. Nazarenos, acólitos y mantillas esperaban a que la hermana mayor, acompañada de su junta de gobierno, salieran de los salones parroquiales y se dirigieran a la concurrencia.

Buenas tardes a todos, queridos hermanos. Eh..., os tenemos que comunicar que, reunida la junta de gobierno de forma extraordinaria y debido a las condiciones climatológicas que tenemos, hemos decidido realizar nuestra estación de penitencia...

Ovación atronadora, gritos sorprendidos, manos a la cabeza de las mantillas con unas sonrisas perfiladas en un júbilo supino. Similar a esa contagiosa celebración, capturada por un fotógrafo de Reuters, que esbozó aquella tierna mujer en el Arco de Triunfo de Barcelona cuando el *Molt honorable* decidió proclamar la República Independiente de su Casa en aquel octubre de 2017. Una felicidad henchida y desbordante, festiva y radiante. Mas tenue, fugaz, efímera y crepuscular...

...Aquí, aquí. En la Iglesia de San Pedro —se afaná en remarcar la hermana mayor—. Aquí. Aquí. En la Iglesia de San Pedro. No podemos hacer estación de penitencia a la Santa Iglesia Catedral. La realizaremos aquí, en nuestra parroquia. En nuestra iglesia, en nuestra casa. De verdad, lo sentimos muchísimo. Pero las condiciones climatológicas no nos permiten hacer otra cosa, pero lo importante es que estemos toda la hermandad aquí. Es que estemos al lado de Ella, y que vamos a estar con Ella todo este tiempo.





Como en la instantánea de Iván Alvarado en aquella jornada barcelonesa, los rostros rápidamente cambiaron su ademán. La algazara dio paso a la contención. Del alborozo a la resignación. De la deslumbrante algarabía al profundo suspiro. Y todo el mundo entendió que lo que la hermana mayor había comunicado tenía peso y razón de ser. El corazón no siempre entiende el porqué de la razón, pero en este caso no hubo más remedio que hacerlo. Al menos, durante un instante, hubo lugar para la esperanza, no en el verde de Santa Ana sino en el rosa asalmonado del palio y manto de la Virgen de los Dolores, que a los sones de *Encarnación Coronada* transitó bajo la mudéjar armadura de San Pedro.

La lluvia fue testigo de la noche y compartió con Granada su madrugada. De manera que al nacer el Martes Santo, los hados traían consigo el presagio de la borrasca. La amenaza de que el agua volviera a echar por tierra esta jornada era más que latente. Pero lo que no terminaba de encajarse era ver cómo el mercurio se había desplomado de esa manera. Las temperaturas, decían los meteorólogos, no iban a superar los diez grados positivos e incluso se iba a activar la alerta amarilla por riesgo de nieve. Lo que faltaba para el duro. La conjuración contra la Semana Santa se ponía de manifiesto. Lo que les faltaba a los cofrades por ver era a la Virgen de la Esperanza ya no con manto verde, sino blanco...

Con la Cuenca del Genil en alerta y con la cota de nieve a 1.200 metros, ¿qué esperanza había de salvar el Martes Santo? Pues las hubo, porque no podía ser de otra manera. Y es que las cofradías hicieron lo imposible por sortear los pronósticos. Máxime cuando, a media tarde, sobre Granada no había una sola nube y el sol resplandecía como no había hecho hasta la fecha; eso sí, pasada la hora nona los grajos ya estaban entretenidos volando bajo. Ya saben a qué me refiero. Pero, a pesar de esto y de la optimista imagen que lanzaba el cielo en esos momentos, los partes jugaban a la contra. De ahí que, ni de lejos, en la avenida Fernando de los Ríos había el ambiente propio que acompaña y reviste cada año la salida de la Hermandad de la Lanzada. Apenas unos centenares de personas esperaban a las puertas de la parroquia de los Dolores.

Los hermanos aguardaban en el interior las instrucciones de la Diputación Mayor de Gobierno, a la vez que la junta de gobierno que preside Enrique Manuel Trujillo estudiaba todas las posibilidades habidas y por haber. Antes de que el hermano mayor se pronunciase, en el ambiente latía la sensación de que la cofradía, efectivamente, se ponía en la calle y que se iban a explorar todas las posibilidades para echar a andar la cruz de guía y empujar del palio todo lo posible para que la hermandad llegara al menos hasta la Catedral; pues a partir de ese momento, ya sí que sí, la lluvia iba a irrumpir e iba a adueñarse de la situación.

Como quien hace el paseíllo en una tarde complicada, no sabiendo qué aguarda en el chiquero, la junta de gobierno se alineó en el presbiterio, a la par que el hermano mayor tomaba la voz en el ambón, mirando de frente a sus hermanos, sentados en asamblea; con los pasos encendidos, radiantes, a los pies del templo esperando cobrar vida y darle a Granada un poquito de esa Caridad que tanto se necesita. El rictus de los oficiales y del propio Trujillo, sin embargo, no hacían presagiar nada bueno.

Queridos hermanos, queridas hermanas: Reunido el Cabildo de Oficiales, en vista de las previsiones meteorológicas que tenemos a lo largo de la tarde, sobre todo de la madrugada, se decide suspender nuestra estación de penitencia en el año 2024.

Decepción en la cara de los hermanos, a pesar del cálido aplauso que se brindó a la decisión alcanzada por la junta de gobierno. Pero sin ocultar el frío que alimentaba el ánimo, viendo cómo la cofradía se quedaba en casa mientras el sol radiaba a las puertas de la iglesia. Trago gordo. El gesto del hermano mayor, asiéndose al micrófono, lo decía todo. Y qué decir de sus palabras. «Hay hilos que nosotros no podemos mover, hay circunstancias que yo como vuestro hermano mayor no puedo hacer y os aseguro que, si pudiera, lo haría». Como en la chirigota del Selu. El que la lleva, la entiende.

Sería especialmente interesante pararse a preguntarse qué agentes son los que condicionan, presionan y martillean la conciencia de las juntas de gobierno a la hora de tomar una decisión. Pues ahí es donde radica, verdaderamente, la mano invisible que se encarga de organizar el compás de la Semana Santa. Hay quienes apuntan a las redes sociales y a su capacidad de movilizar opiniones, algunas de las cuales, más que un verdadero ejercicio de libertad de expresión, se convierten en expresión manifiesta del detritus democrático. Otros ponen el foco en la capacidad críticas de los medios de comunicación, desde los cuales en no pocas ocasiones se pontifica —y ahí entona un servidor el *mea culpa*—, y en el pábulo que se les da, así como el temor que inflige la opinión y el qué dirán desde el cuarto poder. Los menos — hay qué ver, cómo son algunos... — lo hacen dirigiendo su mirada hacia la plaza de los Lobos. Pobrecitos. Mecachis...

A otra, cosa mariposa. A medida que avanzaba la tarde, las nubes empezaban a hacerse presentes. Y así, en el viejo camino de Guadix, hoy conocido como San Juan de los Reyes, la iglesia mudéjar que en ella se halla, antigua mezquita de los conversos, asistía curiosa al devenir de la actualidad. La meteorología y sus caprichosos pronósticos estaban dispuestos a darle julepe a la Hermandad del Santo Vía Crucis, poniéndola, un año más, en la tesitura de ver qué hacer con su estación de penitencia. Pero, chico, a la hermandad no le tiembla el pulso.



Mejor en casa que correr despavoridos buscando refugio o estar echándoles plásticos a los pasos. Muy respetable, y cada cual —ya lo decíamos— debe saber en qué hermandad está. Y no menos importante, qué es lo que se espera de ella. De esta manera, la cofradía decana de la Semana Santa acabó imponiendo, a su pesar, una nueva suspensión.

El director espiritual de la cofradía, Manuel García Gálvez, siempre ha manifestado que la hermandad que más estación de penitencia realiza es, sin duda, la del Santo Vía Crucis, pues es la que se encarga ya no solo de procesionar imágenes que ilustran las escenas de la Pasión y Muerte, sino que también es la encargada de meditar y contemplar esos mismos misterios a través del rezo estacional que llevan a término desde la parroquia de Santa Ana hasta la de San Juan de los Reyes. De ahí que no saliera la hermandad a la calle, pero no cesasen sus hermanos de honrar y venerar a su primer titular, ese que acompaña a Cristo por la Calle de la Amargura hasta su *exitus* mirando al cielo y llamando, como Elías, al Padre Eterno.

Ese manto de nubes que inexorable avanzaba y cubría la ciudad iba conjugándose con claros de sol primaveral. Pero ya lo dice el refranero, ya lo decía la madre, que «sol por agujeros, agua a calderos». Y así fue. Mientras cada vez más personas se agolpaban entre plaza Nueva y Santa Ana, a la espera de ver qué hacía la Hermandad de la Esperanza, lo mismo tenías que echar mano de las gafas de sol que del paraguas, para que no te cayera el granizo. El tiempo no está loco, es solo tiempo. A los hijos de Dios siempre les conviene una cosa, pero eso no siempre es lo que le conviene a Dios. De ahí que, por más empeño que se pusiera disponiendo las bandas en el atrio, procurando revestir todo de aparente normalidad, la actualidad se marcaba a golpe de nube.

El padre José Gabriel Martín ya había advertido, al inicio de la Semana Santa, cómo estos días iban a ser propicios para rezarle a la Virgen de la Cueva. Y tanto. Le tocó acudir junto a Las Maravillas a suspender, por lluvia, la estación de penitencia de la cofradía el Domingo de Ramos. También, el Lunes Santo, junto a Los Dolores. Y además tuvo que acompañar a Luis Joaquín Sánchez, hermano mayor de La Esperanza, para hacer lo propio en la jornada del 26 de marzo, en un auténtico mar de cabezas que marcaban el *skyline* del interior de Santa Ana, de donde solo sobresalían la imagen de la Virgen de la Esperanza, iluminada con la candelería del paso de palio, y del Señor del Gran Poder, alfombrado por iris morado en su paso; así como por la Virgen de la Soledad que, con las manos cruzadas sobre su pecho, presidía al pie de una cruz de madera el presbiterio del templo parroquial.

El hermano mayor pedía comprensión, pero dejaba también un claro mensaje a sus hermanos: la necesidad de vivir en el día a día la hermandad para que, llegado el día de la

estación de penitencia, este solo fuera un día más de todos cuanto acontecen en el calendario verde de los hermanos de La Esperanza. Un día más. Eso es. O, también, un día menos para un nuevo Martes Santo. Quizá por eso, o quizá por otras circunstancias, la hermandad se afanó al terminar la jornada en volatilizar su presencia pública en el interior del templo, desalojando los pasos y devolviendo a sus capillas a las imágenes. Como si todo hubiera pasado demasiado deprisa. Tal vez, como si nada hubiera pasado.

Ojipláticos. Perplejos. Así como es como se hubieran quedado los frailes dominicos si, en pleno siglo XVII, les hubieran vaticinado que algún día su imponente claustro sería empleado para que una hermandad montase allí sus tramos. Con niños felices, vestidos de monaguillo, correteando por sus crujías. Mujeres bellísimas luciendo la mantilla, tiritando de frío. Costaleros dejando ver la ropa interior mientras se enfajan antes de prepararse para el trabajo. Y nazarenos, capirote en mano, mirando al cielo, a la espera de ver cómo acontece la tarde. Qué hubiera esperado la hermandad de encontrar una sala de cabildos como la imponente sacristía de Santa Cruz la Real. La amplitud de su bóveda, la solemnidad de su mesa de cálices y un hato de nazarenos a su alrededor decidiendo los designios de la cofradía antes de ponerse en marcha.

Mal signo, de hecho, cuando la junta de gobierno ha de acudir a la sacristía para reunirse. «Mal bajío», pues algo se barrunta y nunca suele ser nada bueno. No era la primera vez que a la junta de gobierno de Germán Bolívar le tocaba asumir tales responsabilidades ni verse en la tesitura de buscar una solución dolorosa ante una imperiosa necesidad. Pedía perdón a sus hermanos por tener que suspender la estación de penitencia, pero no había alternativa posible. Solo quedaba esperar. Quizá a que el Viernes Santo diera tregua, y salir junto a la Virgen de la Soledad hasta el Campo del Príncipe. Quizá al Domingo de Pascua, para hacerlo con el Facundillo camino de la Catedral.

El ecuador de la Semana Santa no traía consigo mejores augurios que los que se habían vivido en los días atrás. Para ese entonces, el Miércoles Santo era un yermo paraje lleno de corazones rotos, de desalentados pechos que veían cómo la anhelada Semana de Pasión iba pasando, día a día, sin ningún recuerdo que dejar en la alforja. Una quimera, un sueño... una pesadilla, más bien. Nadie recordaba haber visto una cosa tan estrepitosa, tan alarmantemente decepcionante, viendo caer a una cofradía tras otra, precipitándose hacia un abismo sin horizonte, cayendo como fichas de dominó y sin la capacidad de retener esa demoledora vorágine.



El Miércoles Santo traía consigo un ambiente de resaca. Se paladeaba cierta conmoción emocional, más aún cuando el tiempo estaba otra vez más dispuesto a joder la fiesta. Ciertamente que esta cuarta jornada siempre trae consigo la esperanza de ser un día largo, con cofradías saliendo a primera hora de la tarde y dilatándose su regreso hasta entrada ya la madrugada del Jueves Santo. Con tantas horas de por medio, y no lloviendo en las horas clave, siempre ha habido oportunidad para enmendar la plana. Ya pasó hace solo unos años, cuando la lluvia sorprendió a Paciencia de regreso, y El Rosario entrando en Catedral. Llovió, sí, pero se pudo salvar la jornada sin más consecuencias.

Pues lo que mata no es, en muchos casos, la lluvia, sino la incertidumbre. Al ver desmoronarse el cielo, jarreando y cayendo chuzos de punta, uno se aflige, pero aguanta el trabajo y no se dobla. En cambio, ese titubeo hasta el último momento, exprimiendo la paciencia y jugando con los nervios, es lo que verdaderamente remata. Ver cómo ese sí, pero no, puede echarte por alto todos los planes, desbaratándote cualquier previsión y planificación. Y cuando los partes aciertan, no hay problema...; pero cuando empiezan a fallar, cuando empiezas a fiarte de unas previsiones que no se cumplen..., ¡ay, amigo! Todo esto, ni más ni menos, fue guisándose a fueguito lento en este día.

Las noticias que llegaban de la Baja Andalucía eran para desgarrarse la camisa. Allá donde miraras, los titulares, rotativas y cabeceras sumaban un maremágnum de infaustas noticias. Caldo de cultivo que mina y socava el ánimo. Las imágenes que se difundían, ora en redes sociales, ora en portales y medios especializados, con hermandades escurriéndose el agua de los antifaces, del manto y las bambalinas, sentaban un claro precedente en la conciencia patrimonial de las juntas de gobierno, recelosas de protagonizar tan comprometidas escenas. El conservadurismo se apoderaba de los cabildos de oficiales y determinaba el rumbo de la jornada.

Pasadas las cuatro de la tarde, sobre Granada caía una tromba de proporciones diluvianas. Sinfonía de agua en sol menor que calentaba el ambiente entre quienes debían de juzgar el horizonte más próximo e inmediato de sus cofradías. ¿Salir o no salir? «*That is the question*» La primera de las cofradías que hubo de enfrentarse a esta decisión fue la Hermandad de los Gitanos. Una cofradía que históricamente ha afrontado este tipo de decisiones de una manera compleja y no siendo siempre capaz de aceptar y dar por válida la decisión de la junta de gobierno. No fue el caso en 2024. Los hermanos arrojaron e hicieron suya la decisión que les había transmitido la hermana mayor, Elena Martínez, quien con voz firme y serena compartió con los suyos los pronósticos que se barajaban: llovía a partir de las seis de la tarde y más lluvia a lo largo de toda la noche e incluso la madrugada. Con estas mimbres se hacía imposible





hacer cestos, y hubo que conformarse con que los músicos de Fe y Consuelo, de Martos, pusieran sintonía al sentimiento gitano de los fieles del Cristo del Consuelo; lo mismo que hicieron los integrantes de la Unidad Passio Granatensis que, ante tan aciaga jornada, apeló en sus partituras a que, al menos, nos quedará *Siempre la Esperanza*.

En una tesitura similar, y a escasos minutos y metros, se encontraban los hermanos de Los Estudiantes. La parroquial de San Justo y Pastor estaba dispuesta para acoger, un año más, la salida procesional del Señor de la Meditación y María Santísima de los Remedios. Pero el ambiente que se respiraba en la plaza ya daba sensación de que este Miércoles Santo iba a ser diferente para esta corporación nazarena. Tras el anuncio de la suspensión de la estación de penitencia, el hermano mayor, Antonio Granados, se hacía cargo de la palabra recordándoles a sus hermanos lo que ya bien sabían: lo difícil que estaba siendo esta Semana Santa y cómo el tiempo había venido a complicar también el Miércoles Santo; por lo que lo único que quedaba al pueblo de Dios no era sino rezar y esperar. Rezar para fortalecernos en la fe y esperar para que Cristo resucitara de entre los muertos y volviera a empezar el ciclo de la vida y concluir, ya en el 2025, en un nuevo tiempo de espera y pasión.

Cuando apenas faltaban diez minutos para las siete de la tarde, el presbiterio de la parroquia de Santa Escolástica se ocupaba por los hermanos oficiales de la Hermandad del Rosario. El rostro serio y el rigor de sus formas hacían vaticinar también la deliberación que había alcanzado la junta de gobierno en este Miércoles Santo. Otra cofradía más decidía quedarse en casa por el temor a la lluvia. El diputado mayor de gobierno lo advertía; en la decisión pesaba el cortejo con el que la hermandad contaba, más de mil hermanos, entre ellos doscientas criaturas; cuestión que invitaba a la responsabilidad y a tener en cuenta la integridad y bienestar de los hermanos. Una decisión aplaudida por unos y, en silencio, cuestionada por otros, que veían, una vez más, cómo algunas hermandades pecaban de excesiva prudencia ante la meteorología, de falta de coraje para asumir los inevitables riesgos. Echarse la manta a la cabeza y que sea lo que Dios quiera. Pero —nunca mejor dicho— nunca llueve a gusto de todos...

Dos hermandades quedaban todavía para determinar cuál había de ser el futuro del Miércoles Santo de 2024. Pero, como las desgracias nunca vienen solas y las previsiones, a pesar de que no lloviera, luchaban a la contra, la lluvia estaba dispuesta a anotarse el punto, set y partido. Y así fue, pues no hubo sino que esperar para conocer las definitivas resoluciones de las hermandades del Señor de la Paciencia y de Jesús Nazareno.



Desde las gradas del presbiterio de San Matías, el hermano mayor, Ignacio Figueruela, era el encargado de dirigirse a los fieles allí congregados. Sus palabras se entremezclaban con los sonidos que llegaban desde el exterior. Se anunciaba la suspensión de la estación de penitencia justo en el momento en el que, en ordinaria, irrumpía en la calle la Agrupación Musical María Santísima de la Estrella dispuesta a poner música y compás al andar del maniatado de Pablo de Rojas, como en las últimas tres décadas ha venido haciendo. Pero todo quedó en agua de borrajas. Los malditos partes, las dichasas previsiones y la amenazante lluvia noqueaban cualquier posibilidad.

Félix Benito, una de las voces autorizadas de la Banda San Isidro de Armilla, afrontaba como un varapalo este momento, pues se sumaba al haber de la formación otra suspensión más. Ni en Maravillas, ni en Amargura, ni en Soledad ni tampoco ahora tras las Virgen de las Penas había podido sonar una sola marcha. Para él, como para el resto de los miembros de su formación —y, por qué no decirlo, para el resto del colectivo de músicos de la Semana Santa—, se convertía en un año singularmente difícil. «No nos ha quedado más que la resignación, asumir y respetar la decisión de las hermandades. Ya está, no hay otra. Pero eso no quita el sentimiento de frustración, por no haber podido demostrar todo el trabajo hecho y no haber podido tocar, que es lo que más nos gusta», aseguraba Benito Cirujano.

Con la noche ya cerrada, las puertas del convento de San José se abrieron para dejar ver a los pies del altar mayor, bajo la cúpula de la iglesia, los pasos de Nuestro Padre Jesús Nazareno y María Santísima de la Merced. La hermandad había decidido, también, dar por suspendida su estación de penitencia a la Catedral en este Miércoles Santo. La tímida lluvia que caía de forma aislada e intermitente hacía inviable la salida de la cofradía, y la previsión de mayores precipitaciones en cualquier momento desaconsejaba cualquier tipo de riesgo. Así, los pasos quedaron guarecidos en casa y expuestos a la vista de los fieles. La acústica del templo carmelitano fue el canal preciso para transmitir la rotundidad del silencio que acompaña, en su andar, a esta cofradía, y también el tornavoz para aquellas voces que irrumpieron en el interior de la iglesia, desgarrando su garganta con sentidas saetas. Si bien no hubo Semana Santa en la calle, al menos sí que hubo parte de la mecánica y la circunstancia que acompaña a las hermandades al abrigo de sus sedes.

La noche del Miércoles Santo se convertía en un peregrinaje constante y fluido de fieles yendo de un templo a otro para gozar de todo ese patrimonio material e inmaterial que construye la identidad de la Semana Santa granadina. Desde la exuberancia clásica del paso de palio de la Virgen del Rosario a la voluptuosa majestad del Nazareno entre cuatro fanales de plata. Del castizo sabor calé del cobre de Los Gitanos a la construcción progresiva de la máquina de la



belleza de la Virgen de los Remedios. De la desnuda elegancia de Paciencia sobre su monte de claveles rojos a la escenografía que compone los misterios de Meditación y Tres Caídas. Todo ello puesto de manifiesto, pero estático e inerte; sin el movimiento, la cadencia, el compás que acompaña a cada una de estas andas en su discurrir procesional. látigo lacerante que azotó al cofrade, que veía cómo la Semana Santa se desvanecía entre sus manos sin haber visto apenas a una cofradía en la calle hacer estación de penitencia. Una de diecinueve. Y la cosa seguía sin pintar bien...



AOS

BENDITA TREGUA

SALUD PARA LOS ENFERMOS

La luz del quinto día hacía temer lo peor. Cuando los cofrades se fueron a dormir ya no sabían si reír o si llorar. Si quedarse en Granada o buscar un vuelo de última hora con dirección a las Bahamas —que son muy bonitas en estas fechas del año—, a ver si allí hiciera un poquito de más sol para poder metabolizar un poquito de vitamina D y dejar colgada la colada sin miedo a que le volviera a caer otro chaparrón encima. Los grupos de WhatsApp y las redes sociales eran un chascarrillo constante. «Como siga lloviendo, me van a salir escamas», decía uno. El otro replicaba diciendo que en el próximo cabildo iba proponer cambiar la sarga de las túnicas por neopreno. Y un tercero espetaba que, en vez de gastar tanto huevo en hacer roscos y torrijas, hicieran ya el favor de llevárselo a Santa Clara para que, por Dios, el agua nos dejara tranquilos. Un disparate.

Pues, efectivamente, cuando más de uno izó la pestaña la mañana del Jueves Santo y, tras la oportuna rascada mañanera, se dispuso a levantar la persiana, le dieron ganas de volver a echarla, ajustarse el pijama y seguir hibernando hasta nueva orden. Los grajos ya no es que volaran bajo, es que iban planeando a pie de acera. El termómetro invitaba a sacar otra vez las sábanas de pelillo, a darle candela al brasero y quedarse en la casa comiendo pipas y viendo

a Charlton Heston haciendo de Moisés en *Los diez mandamientos*, ¿*aeh?* Y para colmo seguía lloviendo como había venido haciendo en los últimos días.

Las noticias llegaban desde el Sagrado Corazón. La Hermandad de los Gitanos, a la vista de las inclemencias del tiempo, se veía obligada a suspender el traslado de las imágenes hasta la Abadía del Sacromonte. El Jueves Santo, día del Amor Fraternal, no empezaba bien. Cuando el mediodía se cerraba sobre Granada, las nubes venían negras como la pez, y las ráfagas de viento traían un aire gélido y glacial. La pregunta estaba clara: si hace esto a las cuatro de la tarde, ¿qué no hará esta noche en la Carrera del Darro cuando diga El Silencio de salir?

Pero no había ni miedo ni tampoco nada que perder. Por eso los cofrades, con tenacidad numantina, se echaron a la calle para arropar a las hermandades que, previsiblemente (o no), tenían en suerte salir a la calle. Muchas caras conocidas de muy diferentes hermandades estaban totalmente desencajadas, vencidas, derrotadas. Los pronósticos volvían a dar malos presagios en las primeras horas de la tarde, aunque vislumbraban, tímidamente, un futuro más esperanzador a medida que fuera avanzando el reloj. Más de un miembro de junta de gobierno tenía, a las cuatro y media de la tarde, el coraje pendiendo de un hilo, la voz anudada, y lo mismo entraba que salía de la iglesia, miraba para arriba que no sabía para dónde mirar, encendiendo un cigarro tras otro en un impulsivo afán de buscar el sosiego y la calma.

En su mano, como en la de tantos otros —ya en el Zaidín, ya en Albaicín—, estaba la posibilidad de salvar la más aciaga Semana Santa que había tocado vivir desde los tiempos de los primeros demócratas, allá por los años treinta. Era cuestión de aprovechar aquella tímida ventana que se abría y echar la pata *alante* e ir a por todas; o, por el contrario, mantener un perfil cauteloso y prudente —mucho más fácil y cómodo— y dar por perdido, antes incluso de empezar, el Jueves Santo. «Yo tenía el cuerpo hecho a que no salíamos, pero intentaba ir mentalizándome de que cabía la posibilidad de que sí nos fuéramos a la calle», aseguraba, ya terminada la Semana Santa, un miembro de la junta de gobierno de la Hermandad de la Aurora.

Ciertos son los toros, como cierto es que la gente se echó a la calle para arropar a las cofradías y disfrutar de las posibilidades que había de ver pasos en las calles. Pero el frío y la amenaza de lluvia, junto con la melancolía que se arrastraba después de tanto varapalo en los días previos, lastraba claramente el ambiente de la ciudad, de sus aceras y sus plazas. Siendo Jueves Santo, parecía menos Jueves Santo que otros años. Lo mismo en las avenidas zaidineras que en los enclaves basilares del viejo barrio. El público, los fieles no terminaban de romper ni de dejarse



llevar; como si todo estuviera en un constante desequilibrio que fuera a hacer peligrar la estabilidad de la tarde, del curso de las cofradías que, encorajinándose y dispuestas a lo que hiciera falta, decidieron echar la tarde hacia adelante.

A las cuatro y media en punto, la cruz de guía de la Hermandad de los Salesianos se ponía en la calle. La primera de las cofradías del Zaidín en ponerse en las calles de Granada en la Semana Santa de Granada, la primera cruz de guía sobre el pavimento desde que lo hicieran los hermanos del Cautivo el Domingo de Ramos. Telita. Cómo no sería la ilusión y la alegría por saber que el Jueves Santo se ponía en marcha, que a esa misma hora, y cuando aún faltaban quince minutos para que la Hermandad de la Concepción se pusiera en marcha, en la placeta y aledaños del convento irrumpió un estallido de alegría. Muchos se preguntaban: ¿pero qué ha pasado? Otros respondían: que Salesianos se va a la calle. Ahora solo faltaba empujar para que el resto siguiera sus mismos pasos. Y, por si cabía alguna duda, el director espiritual de la Hermandad de la Concepción, Francisco Nistal, salía a las puertas para anunciarlo a voz en grito.

Tres golpes de martillo. Una voz infantil que no llegaba a la zambрана del paso se apostaba frente al respiradero caoba del Cristo de la Redención y se dirigía a los costaleros. «Ramón, vamos a llevar al Señor por *to Graná*. *Tos* por igual, valientes. ¡A esta es!». Los costaleros puestos en el palo y suena el martillo con un golpe metálico que hizo crujir el silencio. Todos a una, el empuje ascendente de quienes llevaban la trabajadera cosida a la cuna del costal hizo elevar el paso hasta la misma gloria, para luego recoger el peso de la madera sobre su cerviz. Solemne sacrificio que hizo emocionar hasta la más impertérrita de las almas. Pues en aquella levanta iban puestas las penas, las ilusiones y las esperanzas de todo un barrio, de toda una Semana Santa que asistía a un momento para el recuerdo.

Así se dejó sentir en la cerrada ovación del respetable, en la mirada emocionada de los fieles, cuya piel se erizaba al toque de la *Marcha Real*. El crucificado de las marfileñas carnaduras, salido de la gubia de Díaz Fernández, estrenaba la más tardía de las semanas santas zaidineras. Entre un monte de flores silvestres, acentuado por el bermellón de los *anthurium*, nacía ahora la primavera. Los músicos tucitanos de Monte Calvario pusieron compás al andar costalero del primero de los titulares de la cofradía salesiana que, derecha adelante e izquierda atrás, marchaba desde su capilla hasta la puerta de acceso de la parroquia de María Auxiliadora para llevar la Redención hasta Granada.

El paso de Cristo ofrecía una depurada dimensión, la misma que ya fue capaz de demostrar en la procesión extraordinaria del paso mes de octubre, cuando muchos cofrades tuvieron



la oportunidad de descubrir la fuerza de la talla caoba de este paso, salido de las manos de Guzmán Bejarano, y el poder que ejerce la esbeltez y nacarada figura del Cristo de la Redención.

Una entidad y una rotundidad que se puso de manifiesto en la presentación del paso de palio de Nuestra Señora de la Salud, que estrenaba en este 2024 los bordados de la caída delantera. Una depurada estética en la que había venido incurriendo el paso en los últimos años, pero que en esta ocasión alcanzó su verdadero sentido. La conjunción de la vestimenta y la flor requería de algo más, de nuevos detalles y matices que fueran propicios para descubrir ese *je ne se quoi* que es capaz de emocionar y despertar la admiración de los sentidos. Lo consiguió esta nueva pieza de artesanía, salida del taller de Javier Núñez, como también el estreno magistral de Dionisio Martínez al frente del martillo.

Gonza, ahora sí que sí. Escuchadme un momento: esta levantá la vamos a dar por los enfermos, por la gente que está en los hospitales, por la gente que está en sus casas y no puede salir a ver a la Virgen. Que les llegue la salud a sus casas, a los hospitales y todo aquel rincón donde haga falta. ¡Vamos a llevar a la Virgen a Granada, que Granada la está esperando! Que voy a llamar. Tos por igual, valientes. Quietos los zancos y fuerte. ¡A esta es!

De esta manera, la cofradía terminaba por ponerse en marcha. Con la voz del capataz al frente del paso de palio, comandando a la cuadrilla de la Virgen de la Salud. La emoción desbordante, viendo resplandecer la candelería, las flores rizadas y el cuidado exorno a base de rosas champán y granadas blancas que brotaban en las jarras, las violeteras y aun los frisos. Una alegría desbordante, como sus mismas esquinas, que cobró carta de naturaleza a los sones de la Unidad de Música Ángeles de Granada y el coro infantil en *Redentora y Salesiana*:

Salud, reina del Zaidín.
Madre, reina salesiana,
Redentora de mi alma,
madre de Dios.
Salve, Salud,
ruega por mí.
Salve, reina redentora,
madre del Zaidín.



Las voces blancas no hacían sino prender la alegría de los varales de la Virgen de la Salud, que poco a poco fue ganándole metros a la rampa para afrontar la salida hasta el barrio que la acoge los trescientos sesenta y cinco días del año. Los vivos, la música y el valiente andar impreso bajo las trabajaderas hicieron vibrar al respetable, reencontrándose con la devoción y la piedad según la marca de la casa trenzada en el barrio del Zaidín. Y así discurrió la estación de penitencia, haciendo barrio y construyendo una imagen que nunca se ha de perder.



AOS



UN PEDACITO DE GLORIA

Mas no sería la primera hermandad en llegar hasta las plantas de la calle Ganivet para pedir venia ante el palco de la Federación. Quien se encargó de tal honor fue la Hermandad de la Concepción. La primera de todas en esta Semana Santa de 2024. Allí los nazarenos de sarga negra, cingulo blanco y alpargata franciscana saludaron, como es preceptivo, e inauguraron oficialmente la Carrera Oficial, transcurriendo elegantes y solemnes por el enlosado de la calle. La hermandad dio testimonio del buen momento que atraviesa, llevando un cortejo tan nutrido como compacto, con verdadera categoría. Anduvieron camino de la Catedral, donde se encontraba el arzobispo de Granada, don José María Gil Tamayo, dispuesto a realizar junto a ellos su estación de penitencia.

A los sones de *Signore delle Cime*, interpretada por la Agrupación Musical Nuestra Señora de las Angustias, de Alcalá la Real, entró en la plaza de las Pasiegas el Nazareno del Amor y la Entrega. Arrió el paso y el prelado se apostó ante el frontal para dirigir la oración ante los fieles congregados en la plaza de las Pasiegas:

Con alegría, con agradecimiento, recibimos a Nuestro Padre Jesús del Amor y la Entrega en esta plaza de las Pasiegas. Antes de entrar en la Catedral para la estación de penitencia quisiera,



amigos, hermanos, que pidiéramos especialmente por los hermanos, por los cofrades de las hermandades y cofradías de Granada que no han podido salir, y en nuestra diócesis, a lo largo de los días precedentes. Su dolor, su contrariedad, ofrecida con un sentido cristiano, seguro que nos traerá muchos bienes.

Y le pedimos por quienes más lo necesitan de todos ellos, para que consigan en su camino cristiano, en sus hermandades y cofradías, con la ilusión y la fe de siempre, con el sentimiento heredado de nuestros mayores. Pedimos, especialmente, por quienes nos han dejado.

Esta imagen preciosa de Cristo, con su túnica blanca, lleva la cruz por todos nosotros para que también nosotros la llevemos por los demás.

El prelado tomaba la dirección de la hermandad mientras sonaba la marcha *Claroscuro*, y la acompañaba hasta las plantas del altar mayor, ya desnudo a la espera de la celebración de la Adoración de la Cruz en la tarde del Viernes Santo. La dimensión de las bóvedas, la esbeltez de los pilares, el candor hegemónico de sus muros, enmudecían al paso racheado del Nazareno de Zúñiga Navarro. ¡Qué deleite, este año más que nunca, fue ver transcurrir a la cofradía en el interior del templo catedralicio! Como lo fue, sin lugar a duda, ver el paso de palio de María Santísima de la Concepción. Oírlo levantar en aquel vacío, animando la verticalidad de los recios pilares que trazara Siloé, a los sonos de las *Saetas del Silencio*. La música de capilla, el tintineo de las campanillas asidas a los varales, el racheo de las zapatillas, el crujir de la madera... Un espectáculo, un deleite, una obra de arte total al servicio de la fe.

Una sinfonía de emociones, sensaciones y experiencias compuestas armónicamente para tocar a las puertas del corazón; para invitar a perder la vista y la mirada en la belleza que encierra el drama y el sufrimiento, el misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. ¿Qué, si no, animaría a los miles de personas que participaban activa y pasivamente de aquel Jueves Santo a ocupar las calles, a salir en busca de los pasos, a acudir a la llamada de la cofradía transcurriendo sobre el frío y helado pavimento? Mas el Señor, que dicen aprieta pero no ahoga, permitió que la entrada de la noche fuera, sin duda, más apacible que la tarde; con temperaturas más benignas y un cielo que se fue enrasando a medida que entraba la medianoche. El marco perfecto para acompañar a María Santísima de la Concepción serpenteando la Carrera del Darro arriba; anillándose al respiradero, a la voz de José Miñán y de Manuel Rodríguez, con los compases de *Hosanna in Excelsis* en la batuta de Víctor Manuel Ferrer.

Vamos a entrar en una de las calles más bonitas que hay en *Graná*. ¡Ese es el son! ¡Esos son los que saben acariciar el suelo y saben rezar con los pies! ¡No se puede hacer mejor! No se



puede hacer mejor que ustedes. ¡Bien, *Cuñao!* ¡Bien, mi delantera de categoría! No pararse. Un poquito más, Manu.

Desde dentro, el vocero exhortaba a los suyos, junto a quienes ha crecido desde que era un niño: «¡Oído! ¡Con la música!». El capataz replicaba: «¡Qué categoría! ¡Olé a los que corre la sangre azul y plata». Y sonaban las campanas de Santa Ana. Las diez y media de la noche. El paso, prácticamente al milímetro, abandonaba la plaza Nueva. Por delante, más de un centenar de metros por donde ir soñando despierto. Oyendo el rumor del agua. Sintiendo el hálito de la piedra del pretil, la desnudez del ladrillo de las casas solariegas de aquellas viejas familias castellanas que llegaron a Granada después de la Conquista. «Le cabe un tironcito más, Manu, corazón», decía Miñán. Manu contestaba: «Con la música, ¡vámonos! Oído. Un puntito más». Y casi reteniendo, como si no se quisiera avanzar, se aguardaba acompasar la mecida y el andar con la partitura de Óscar Navarro. Y así, cuando rompió el fuerte de bajos, el palio abrió su compás y en un delirio sincrónico se conjuraron todas las artes para terminar por prender en llamas el alma y el corazón. Entre el público se exclamó un ole —que no olé— de pellizco, como esos que se exhalan cuando Juan Ortega pega una media *arrebujá* en el centro del anillo. Y sonaron las palmas. Y la gente boquiabierta no supo qué hacer: si quedarse allí atónita, a la espera de que llegara la Hermandad del Silencio, o por el contrario perderse Darro arriba junto al palio para terminar de soñar uno de los momentos más bonitos que había vivir en esta Semana Santa.

Pues los hubo que se abrocharon en el frontal del paso de palio, buscando la mirada de la Virgen de la Concepción y dejándose llevar en una bulla que año a año gana adeptos, camino de la placeta conventual de las monjas franciscas. Y mientras llegaba ese momento, mientras se acercaba inexorable el fin de la noche, cupo seguir disfrutando, y dejándose llevar...

—¡Manu!

—¿Qué quieres, Jose?

—Vamos a seguir otro poquito, corazón mío.

—Vámonos *pa* casa.

—Ya tiene bulla Ella, ¿eh? Granada tenía ganas de ver a la Concha, y la Concha de ver *Graná*.

—Pues llama cuando quieras.





—¡Vamos a verlo! ¡Tos por igual, valientes! ¡Vamos, mi chiquititos de categoría! ¡A esta es! Eso es... —Mientras se oían caer los kilos sobre los hombros, los varales golpeando las cañoneras y las campanillas repiqueteando.

Ciclo de tambor y golpe de aro. Y los músicos de San Sebastián de Padul arrancaban con *Margot*.

—Esto es tuyo, Manu —espetó Carlos Romero, costalero que apoyaba por fuera.

—Ole esos treinta y seis corazones por Ella y para Ella, siempre. Ole —replicaba Manuel Rodríguez.

—Un poquito la derecha atrás —corregía el capataz, José Miñán, mientras todo era un éxtasis a los sonos de la marcha del maestro Turina—. ¡Bueno..., mi Álex!

—No acelerarse, escuchadlo. Que vaya y que venga, el tamborcito. Suave..., suave... ¡Bien! ¡Ese es el son, sin acelerarse! ¡Bien el aire concho! ¡Eso es! El regalo que nos está dando Ella, ¿eh?

—No es casualidad que el día en el que estén saliendo las cofradías sea el suyo —apuntaba, asido al respiradero, Carlos Romero, deleitándose con la mecida y el andar del palio.

—Siempre al milímetro, siempre ganándole. Sin alegrarse —continuaba Manuel Rodríguez.

—Sin alegrarse, gotita de cera a gotita de cera —indicaba el capataz, viendo enmarcarse el paso de palio en la oscuridad de la noche, solo interrumpida por la luz eléctrica del alumbrado público y los tímidos cirios que aún quedaban encendidos en la candelería y que habían sido capaces de resistirse al viento.

—Y escuchamos ahora. ¡Suave! Hay que reposarlo un poquito más —insistía Rodríguez, mientras el capataz concluía:

—Si alguien no sabe, así es como se reza con los pies.

Todo ello, en seis minutos y cuarenta y cinco segundos desde que levantó el paso de palio hasta que se posó sobre los adoquines de la Carrera. Muchos supieron que acababan de saborear un pedacito de cielo que olía a clavel y que venía bordado en plata sobre azul de terciopelo.





AURORA Y CAMINO

Cuando ya había dos cofradías en la calle faltaba ver qué iba a hacer la Hermandad de la Aurora para conocer de qué manera terminaría por precipitarse la tarde. Cuando se abrieron las puertas de San Miguel Bajo y los primeros nazarenos de túnica blanca y fájín y bocamangas rojas empezaron a discurrir por la rampa, se sintió un enorme alivio. Por fin el día iba a regalar esa anhelada normalidad y, por fin, se iba a poder disfrutar de una de esas hermandades señeras con las que cuenta la Semana Santa de Granada.

La ciudad ansiaba reconciliarse con sus tradiciones y con la imagen de una cofradía tan madura como esta, viendo desplegar el que sea —sin lugar a dudas— el cortejo más imponente de cuantos se disponen en las calles de Granada. Más de un centenar de nazarenos y casi trescientas mantillas componían el acompañamiento en este Jueves Santo de Nuestro Padre Jesús del Perdón y María Santísima de la Aurora Coronada. A lo que cabría que sumar, por supuesto, monaguillos, costaleros, acólitos, los músicos de ambas formaciones y hasta el tío del carrito. Vamos, para hacer una imagen visual: cuando la cruz de guía estaba entrando en la calle Ganivet, el paso de palio acababa de hacerlo en plaza Nueva. Fíjese usted de lo que estamos hablando.

La proyección de la hermandad está fuera de toda duda, pues su trabajo habla por ellos mismos. Su acción social, su capacidad de movilizar a los hermanos en cultos y actividades, así como las iniciativas culturales emprendidas, amén de la actividad en redes sociales o la capacidad de haber creado una línea de *branding* tan propia como única, a la par que reconocible. Una gestión impecable, un ambiente extraordinario que anima, año a año, al compromiso de los hermanos en la estación de penitencia, vistiendo la túnica nazarena o la mantilla... Todo a la par que es capaz de concitar cada vez más y más gente en las calles, a su paso. Porque a la llamada de la Aurora se convocan legiones. Y no es broma. Solo había que echar la vista a plaza Nueva, a Cárcel Alta, a la plaza de San Gregorio. Es más, desde el mediodía hubo quien acampó frente al carmen de los Gómez-Moreno, a la entrada de los Grifos, cual *sanitex* en la playa de Velilla. Nevera azul con asa blanca incluida.

Con todo a favor, no llegó a ser un Jueves Santo radiante. Estaba esa espinita clavada, ese corazón de luto aliviado. Un sí, pero no. Como cuando haces los roscos de mamá Palmira, siguiendo al pie de la letra la receta, y te han salido igual de buenos..., pero que no, que no son lo mismo. Pues tal era la sensación que se vivía. El frío, el nublado, la extrañeza de estar a Jueves Santo y ser cofradías por primera vez en toda la semana... No sé. Pero no lo dice quien habla; también quien, bajo el antifaz blanco con filos rojos de la Hermandad de la Aurora, fue testigo de excepción de lo que pasaba en la presidencia del paso de palio:

El ambiente lo vi muy frío. No veía en la calle esa alegría que tenía que haber, la que hay en Semana Santa. Me sentía rara porque no lo vivía como en otros años. Cuando llegamos a Plaza Nueva, no había ese revoloteo habitual. Partiendo de la base de que, cuando llegamos, pensaba que no salíamos.

Los propios músicos de Armilla tenían una sensación. «No tocábamos desde el Viernes de Dolores, pero aun así el Jueves Santo hubo un nivel muy alto. Hizo también mucho frío, y eso afecta a las bandas, pero a pesar de todo supimos afrontarlo tal cual nos vino», aseguraba el corneta Félix Benito. Al oído del melómano, no hubo diferencia de lo de otros años: la banda rayó la excelencia, lo mismo que la de Jesús Despojado. Y el repertorio no desdijo, en ningún momento, lo que es ya sello de la casa tras el manto blanco de la Aurora. Pero sí es cierto. La repercusión, el ambiente no era el mismo. La gente no estaba en la faena. Todo y aun cuando, al afrontar el itinerario de vuelta, junto al paso de palio iban prendidos cofrades de toda Andalucía.

La lluvia había echado por tierra cualquier posibilidad de Jueves Santo en Málaga, en Córdoba y en Sevilla. Y todo apuntaba, como así fue, a que las *madrugás* en el valle del Guadalquivir



iban a estar también pasadas por agua. Así que, ni cortos ni perezosos, echaron mano al coche y un gran número de cofrades de toda Andalucía vino a recalar a las orillas del Darro. Muy especialmente para seguir de cerca las recogidas albaicineras. Qué decir de la de La Aurora, que fue también la que arrastró masas en la procesión extraordinaria del mes de octubre.

Cuando llegó la medianoche y se apagaron las luces para el paso de la cofradía del Silencio, el paso de palio ya había conseguido adentrarse en Cárcel Alta. Con las tinieblas de la noche, solo fulgían los cirios encendidos —aquellos que el viento no pudo apagar— en la candelería del palio. A los sones de *Pureza Marinera*, el paso se acercaba al azulejo de la Virgen de la Aurora. Alegría para las penas. Y luego, *Aniversario Macareno*. Y, como ya es habitual, se quiso hacer ese guiño serio, de pellizco y de sabor, con un contrapunto musical, a los sones de *Virgen del Valle*. Pero ahí es donde se vio que la gente no estaba a lo que tenía que estar y que le falta un poquito de saber dónde se está. El revoloteo y el pajareo impedían disfrutar de aquel momento, en recogimiento y silencio, antes de que la hermandad volviera a renacer con sones de corneta y marchas de corte alegre.

Una parte de ese público joven y chiquilicuatre, que es incapaz de saber respetar los tiempos —cuándo irrumpir con los vítores y cuándo tener los labios sellados—, rompía la magia. Y allí no se callaba ni Dios. Y ese momento, que fue mágico e irreplicable en el mes de octubre, fue este Jueves Santo un fugaz destello. Lo mismo que en la subida de la cuesta, camino de los Grifos. Peldaño a peldaño, entre sones de *Triana* y *Esperanza que guía a Triana*, la bulla no entraba en el ambiente. La Policía Local empezaba a despejar, sin formas —como es habitual—. Y el salseo quería imponerse al clímax que tantas veces se alcanza en la delantera de un paso de palio. Siempre nos quedará aquel octubre.



JVF



EL REY DE LA GLORIA

No es fácil intentar sobreponerse a las circunstancias. Menos aún después de todo lo que se había vivido y de toda la tensión que había venido acompañando, de alguna manera, a lo largo de la jornada; y máxime cuando, a pesar de haberse echado todos a la calle, siempre había la remota posibilidad de que la lluvia pudiera hacer acto de presencia y terminar por arruinar la fiesta. Quizá por este motivo las hermandades no quisieron prestar la más mínima concesión y buscar, como nunca, el cumplimiento de los horarios en las recogidas. Veinte minutos de retraso, que en otro año no hubieran sido nada, este año parecieron ser más que nunca.

Pero, tal como estaba la cosa y como venía pintando, mejor no ponerse a dar quejas. Mejor poner los cinco sentidos en lo que había delante, en dar gracias y saber disfrutar de lo efímero que es todo. Porque una cofradía en la calle no es sino una alegoría de la misma vida: todo es esfuerzo para poder salir; no pocas dificultades en el camino, donde no queda más que apretar, meter riñones y echar arriba los kilos aprendiendo a disfrutar del palo, junto a tus compañeros de trabajadera; sacándole lo bueno al esfuerzo y al sacrificio, para que, al terminar la estación de penitencia, y cuando llegue el momento de la última *chicotá* y el de arriba te diga eso de que *ahí queó*, aun con el cuello abierto tenga uno la sensación de

haber hecho un buen trabajo y de haberse llevado lo mejor de cada instante. Que ya lo decía Segismundo, que toda esta vida es en sí un sueño, y que los sueños, sueños son. Así que mejor vivir la vida con intensidad, soñando despierto, que tener que estar viviendo de la añoranza todo un año.

Por eso mismo, en la parte más alta del Albaicín, allí donde se corona prácticamente la ciudad, los sueños pudieron hacerse realidad viendo ensanchar el arco apuntado de San Cristóbal y obrándose el milagro de ver salir desde allí no uno, sino dos pasos; viendo desnudarse los pilares y cimientos de aquella iglesia —sus hermanos, que sostienen literalmente en pie el edificio— en filas de a dos. Más de un centenar de personas aguantaban allí estoicamente la salida de la Hermandad de la Estrella. Ni el frío ni tampoco el viento amedrentaban el espíritu. De ahí que Andrés Palacios, el capataz del paso de palio, tuviera la deferencia de dedicar la primera de las *llamás* a los fieles que allí seguían, esperando a enamorarse de la belleza lozana de la Estrella de la Mañana.

La presencia de la dolorosa albaicinera de Dubé de Luque permitió entrar en calor, en calor cofrade. La belleza de la imagen, la exquisita presentación de la talla, junto con la fulgente candelería y las profusas esquinas, traían consigo el aroma excesivo de lo que debe ser un palio de barrio. Mas comedido, por momentos, se antojó su andar, sin el roneo que en otras ocasiones ha habido ocasión de verle. Los músicos de Cúllar Vega, que se incorporaban en esta ocasión tras la Virgen de la Estrella, tuvieron la oportunidad de demostrar el dulce momento que atraviesan e ir cosechando los frutos del trabajo que llevan desempeñando; todo y aun cuando se sigue esperando mucho más.

A los sonos de *Pasa la Virgen de la Candelaria* entró María Santísima en la calle Ganivet, poniéndole así fin a última de las estaciones de penitencia de la jornada en la Carrera Oficial, pues El Silencio técnicamente lo hace ya en la madrugada del Viernes Santo. Hubo ocasión de comprobar aquello mismo que ya se había apuntado, viendo andar de largo y de frente al paso de palio, sin perder nunca la compostura; momento en el que se hubiera esperado, quizá, lo mismo que en plaza Larga, su poquito de roneo, reteniendo el paso, yéndose hacia atrás para luego romper y comer calle.

Mientras, el resto de la cofradía avanzaba decidida por la Carrera Oficial en busca de la Puerta de la Encarnación. Allí, nuevamente, el prelado aguardaba, viendo llegar por Marqués de Gerona un haz de luz. Un paso de oro fulgente, envuelto por candelabros —ya en la mesa alumbrando la canastilla, ya sobre ella— que escoltan y remarcan la silueta del Nazareno de la Pasión, una de las obras magistrales salidas de la gubia de Dubé de Luque. Todo mientras, sutil,



se mecía al compás la túnica bordada del Señor. Un verdadero poema. Un recital lírico. Una sinfonía de clase y elegancia. La sublimación de las artes, la conjunción de la armonía. ¡Cómo no sería, que hasta Gil Tamayo hubo de hacerle bulla, junto a los canónigos que echaban «afotos», viendo andar de frente al Señor de Pasión cuando hubo entrado en la Catedral!

La cuesta de la Alhacaba volvió a ser lugar de encuentro entre muchos cofrades que quisieron arropar a la cofradía en su vuelta al barrio. Tras el paréntesis de 2023 por la cuesta de San Antonio, los hermanos de La Estrella afrontaron desde El Cebollas su regreso, convirtiendo el prodigio que supone un lugar como éste en una hermosa cotidianeidad, hoy revestida de terciopelo negro y raso dorado. Los músicos de La Estrella derrocharon en este momento todo el repertorio clásico de la agrupación musical. ¡Qué regalo para los sentidos ver al Señor de Pasión andar, cuesta arriba, a los sones de *Alma de Dios*! Lo mismo que hubiera sido un verdadero regalo volver a haber escuchado, como tantos años hicieron, *Nazareno y gitano* — con la palillería por bulerías— al embocar Panaderos tras la algarabía de plaza Larga.

El Señor, sin embargo, regaló otros grandes momentos. Algunos de ellos tremendamente personales. Cuando la calle se estrecha, cuando la luz del paso se proyecta sobre las encaladas paredes de las casas, se siente el calor que exuda el respiradero y se mira al Señor a la cara. Momentos de intimidad y cercanía. Cuando todo un Dios se hace madera para llamarte por tu nombre. Almíbar.





LA NOCHE DE LA MISERICORDIA

«Adónde estará. / Adónde estará. / Al rey de los cielos / venimos a buscar». Con ritmo silábico, ronco y cadente, en la noche oscura, en el ensordecedor mutismo, irrumpía el tambor de la Hermandad del Silencio, recitando esa ya centenaria coplilla, apenas unos segundos pasada la medianoche. Habían sonado las doce en punto en la torre de San Pedro.

Las campanas anunciaban la muerte del Jueves Santo y el nacimiento nocturno del Viernes Santo, día en el que la Iglesia universal conmemora la muerte del Hijo del Hombre. El párroco solidario, José Gabriel Martín, rodeado de un puñado de nazarenos, acudía a ese momento para buscar e implorar la presencia del mismo Jesús. Muerto, frío y yerto sobre la cruz. En medio de la noche. En medio del frío y la humedad que proyecta el Darro. Toc. Toc. Toc. Tres golpes sobre la puerta. Tres. Como los tres hijos que tuvo Noé. Como los tres hermanos — Sadrac, Mesac y Abed— que ardieron en el horno cantando himnos a Yavé. Como los tres días que pasó Jonás en el estómago de la ballena antes de ser llevado a Nínive. Tres. Como las tres tentaciones que tuvo Cristo. Como las tres veces que negó Pedro al Hijo de Dios. Como las tres necesidades que tuvo María al pie del árbol santo. Como los tres días que Cristo pasó en el *seol* antes de resucitar.

«Santísimo Cristo de la Misericordia, Granada te espera». Esa fue la única voz capaz de romper el silencio. Pues eran las palabras que desde hace un siglo claman a presentar ante Granada, y ante Dios mismo, al Cordero sin mancha inmolado en ese árbol único en nobleza. Al Dios de la muerte dulce y bella. Al Dios salido de la gubia de José de Mora.

Cuando irrumpió el paso de caoba y aplicaciones de marfil en el silencio de la *Madrugá granaina*, solo las saetas se atrevieron a quebrar aquel mutismo. La primera, de Esperanza Garrido, mientras el crucificado, poco a poco, se erguía sobre su paso. Con voz potente y rotunda, en el atrio de San Pedro resonaban sus versos:

En el silencio que rompe esta saeta,
 en esta noche de amargo duelo,
 vengo a pedirte amor eterno.
 Se respira el dolor y sufrimiento
 por verte clavado en la cruz.
 ¡Cristo de la Misericordia!
 Que se callen las trompetas,
 toda la gente,
 porque se ha muerto
 clavaíto en la cruz.

Sin solución de continuidad, y como en otro tiempo, volvió el gran Antonio González a cantarle al Hijo del Hombre. Lo hizo con esa letra que, desde tiempo inmemorial, se ha venido atribuyendo, entre otros, a san Juan de la Cruz. Ese, ese soneto épico dedicado a Cristo crucificado. El mismo que los hermanos del Silencio cantan al Señor de la Misericordia al concluir sus cultos.

Y en el centenario de la cofradía, en su nonagésimo novena salida penitencial, la hermandad volvió a contar con el favor y calor de los suyos que, a la llamada del crucificado de la cruz de taracea, vistieron la túnica de nazareno. Hubo que esperar a que muriera el grano de mostaza, o al menos se echase a un lado, para que empezaran a vislumbrarse brotes nuevos, germinando sobre una tierra arada, dando esperanza para las futuras cosechas, convertidas hoy en tramos de nazarenos. Y como en la pintura de Apperley, la hermandad transitó arropando a su Señor, iluminando sus pasos hasta el corazón espiritual de la ciudad, donde tiene el pastor su sede.



A la voz de Álvaro Luis Jiménez-Herrera y de Álvaro Barea anduvo el paso del Señor de la Misericordia, mientras iba deteniéndose el tiempo en el corazón y las pupilas de cada uno de los miles de granadinos y foráneos que ponían su mirada en aquella sagrada imagen. En las retinas se esculpía la tétrica silueta del divino cadáver solo iluminada por cuatro hachones de cera tiniebla, si acaso por los *flashes* que acudían a inmortalizar aquel momento, a dar testimonio perpetuo en los teléfonos y dispositivos, en las *stories* y en los *directos* de las generaciones zeta y alfa, que aprenden labrar sus recuerdos y su memoria visual no por medio de la vista, sino a través de la pantalla.

Cuando irrumpió el paso en la calle más delicada de toda Granada, la de la Colcha, se arrancó Curro Andrés por Antonio de Mairena, cantándole a la profecía cumplida de ver a Cristo en la cruz y rasgarse los velos del templo. E hizo lo propio también Noelia Membrilla con una letrilla salida de la pluma de quien ahora escribe: «Granada, ponte de duelo, / llora en silencio sin luz, / que ya no existe consuelo, / que ha muerto el rey de los cielos / clavado en una cruz».

Sobrecogedor fue volver a escuchar el ronco tambor del Silencio entrar, como cada año, en la plaza de las Pasiegas, con apenas una veintena de personas sentadas en los palcos. Las sillas vacías —símbolo de esa Granada que se muere y no apoya sus tradiciones— resplandecían a la luz de los cirios. Sin embargo, la misericordia de Dios fue tan grande como para llenar el silencio y la oquedad, solo rotas por el racheo de las zapatillas, las cadenas arrastrándose por el suelo y la voz de don José María Gil puesto a las plantas de la sombría figura del crucificado, iluminado por la trémula luz de las velas.

Santísimo Cristo de la Misericordia, tu imagen cosida a la cruz recorta el silencio de la madrugada del Viernes Santo de Granada, acompañada del silencio elocuente de quienes procesionan a estas horas de la noche y del día ya.

Te entregaste por nosotros. La cruz, instrumento de salvación para los cristianos, la llevamos con nosotros, nos acompaña siempre. Hacemos la señal de la cruz, señal de victoria. La cruz que acompaña la vida de tantos hombres y mujeres en el sufrimiento y en la enfermedad.

Esta noche, Cristo de la Misericordia, queremos en el silencio contarte lo más profundo que llevamos dentro. Por las calles de Granada, queremos expresar nuestro dolor, nuestras preocupaciones. También, por qué no, nuestras alegrías. Tú desde la cruz nos miras con misericordia: san Juan Pablo II nos decía que la cruz es el beso más profundo de la misericordia de Dios en la herida del hombre.



Ayúdanos a ser mejores, ayúdanos a que nuestro mundo sea mejor. Ayuda y consuela a los que sufren. Haznos a todos más misericordiosos y compasivos. Que las guerras acaben, que los rencores se supriman. Que los recelos de unos y otros terminen. Que en nuestra patria, que en nuestras familias, el diálogo sea posible.

El sumar con el signo positivo de tu cruz haga que, mano a mano, brazo a brazo, hagamos un mundo mejor. Todos pedimos ahora, con la oración que tú nos enseñaste, con el perdón que tú nos diste. Decimos: Padrenuestro...

Acabó la oración del paternóster y el Hijo del Hombre, erguido sobre un calvario de flor, fue acercándose poco a poco hasta la Puerta de la Encarnación. Enmarcado bajo el arco, se rompían las tinieblas de la noche por medio de los pabilos ardientes. En los hachones. En los farolillos del canasto. En las velas que iluminaban, en la capilla de San Miguel, el arca eucarística.

Cuando se había realizado la estación de penitencia, cuando la cofradía ya iniciaba su itinerario de vuelta hasta San Pedro deshaciendo el camino andado, más público que nunca —gracias, también, a la templanza que se había impuesto en la madrugada— arropaba al paso. El amor y la fraternidad se anudaban al pie del árbol santo. Al salir de la Catedral, con el paso arriado en Cárcel baja, con el consiliario de la hermandad saludando siempre afectuoso y el eterno Niño de San José buscando siempre la gloria de su Señor, me vinieron a la mente todas esas historias personales que se trenzan en torno a un paso. En torno a la fe, la espiritualidad y la religiosidad popular. Esas historias que nunca se cuentan, que todos sabemos, pero que solemos pasar por alto. Esas que son las que dan verdadera dimensión de lo que es una cofradía, de lo que es su papel evangelizador y catequético; la importancia que en ello juegan los sentimientos y los afectos. Cuando buscaba el pasaje Diego de Siloé, para ver en perspectiva el andar de la cofradía, vi salir bajo el faldón a uno de esos costaleros ya veteranos. Uno de esos señores que se visten por los pies. Que siempre sonríen, que siempre guardan una palabra y un gesto amable. Me acordaba de él y de sus dos hijos, a los que he visto, de algún modo, crecer en el cemento de la avenida del Doctor Olóriz. Y recordé lo que me había contado. Y recordé lo que sentía y lo que me hacía a mí sentir mientras lo escuchaba. Y lo pude sentir, y acaso vivir, a través del brillo de sus ojos, del abrazo fraterno que me brindaba esa noche. Donde no todo lo que se siente se dice, pero donde todo lo que se dice sí se siente.

Ser los pies del Cristo de la Misericordia es un privilegio que siempre llevas a gala y si encima puedes hacer estación de penitencia con tus dos hijos al lado, hombro con hombro, la sensación



es aún más gratificante. Las sensaciones son muchas, porque se juntan los cien años de nuestra hermandad, el rezo del vía crucis con esas dos imágenes en un hecho histórico que sabes que no se va a repetir...

¿Qué se siente en esos momentos? Muchísimas cosas. Lo primero, tu fervor como cristiano, haciendo manifestación de fe en las calles de Granada junto a esa imagen a la que tanto cariño y devoción le tienes. Luego, el hacerlo con mis hijos, compartiendo creencias, sufrimiento, esfuerzo y trabajo en las trabajaderas, donde no todo es bonito. Hay momentos en los que se pasa mal y hay que hacer un sobreesfuerzo. También eres consciente de que eres como una correa de transmisión de ese fervor y esa devoción a una nueva generación que, en este caso, es la generación de mis hijos; en la que confías y esperas que, con el paso de los años, ellos hagan lo mismo con los suyos.

Es una experiencia única y seguro que irreplicable. Dentro de algunos años, en tertulias, en conversaciones, en reuniones de amigos, podré decir que yo fui partícipe de aquello con mis hijos al lado. Y, la verdad, no hay mayor orgullo que eso.

Lo dijo el Señor a Abraham, nuestro padre en la fe. «Bendecidas serán en ti todas las familias de la tierra» (Gn 12, 3).





EL AGUA DEL PARASCEVE

La noche del Jueves Santo había alumbrado un tenue presagio. Los paraguas habían conseguido descansar si acaso un rato, desprendiéndose del *outfit* del cofrade en esta Semana Santa. Pero ya lo habían dicho los señores del tiempo: no había que guardarlos demasiado, puesto que las amenazas de lluvia volverían a ser latentes en lo que restaba de semana. El Viernes Santo nacía para estar marcado por el signo de la cruz y del agua, recuerdo del diluvio que borró el pecado en los tiempos de Noé y preludio de la renovación de las aguas bautismales de la noche de Pascua borrando el pecado del hombre.

En la mañana de Parasceve no hubo más protagonista que el agua. La incesante lluvia, que por momentos se tornó en tormentosa, daba por imposible cualquier tentativa cofrade antes del mediodía. Y así, cuando todos los pies hubieran de haber puesto rumbo al Campo del Príncipe, como es costumbre, para honrar la muerte de Cristo y adorar el leño de la cruz, apenas si fueron algunas personas. La fe mueve montañas, pero el riesgo de acabar empapado, embarrado o de bruces contra el suelo, por el dichoso empedrado, te hace que las cosas te las pienses dos veces.

La Hermandad de los Favores junto con la parroquia de San Cecilio bajaron hasta la imagen del crucificado de piedra para rezar el vía crucis pasado el mediodía. El espacio público se santificaba, recordando el itinerario de la cruz ante los fieles que allí se apostaban. Mientras, la Hermandad de la Humildad sopesaba qué hacer. No estaba lloviendo en ese momento, es cierto, pero también lo era que en cuestión de minutos empezara a jarrear. Así, optó la corporación nazarena de Santo Domingo por dejar allí el paso de la Soledad de Nuestra Señora y acudir hasta el Campo del Príncipe únicamente con el estandarte, las varas de escolta y los hermanos que así lo desearan.

Si el covid-19 no fue capaz de dejar a Granada sin rezar al Señor de los Favores a las tres de la tarde del Viernes Santo del año 2020, no iba a ser la lluvia quien fuera a dar al traste con esta casi centenaria tradición. Era cuestión de que empezara a llover de un momento a otro, y el mercurio no hacía sino complicar más las cosas, puesto que la tarde era apta sólo para valientes. No estaba, pues, el ambiente como para grandes fastos ni para tirar de ceremonial. El propio arzobispo dejó el traje talar en casa y optó por el anorak y el alzacuellos.

Queridos amigos: me preguntaba don Juan Manuel [Molina Fernández], el párroco de San Cecilio, hace un momento: «¿Necesita mucho tiempo el arzobispo para hablar?» Y he dicho: «No». Hoy es, y este momento, y este acto, el más elocuente de la Semana Santa de Granada. Os doy las gracias por vuestra presencia. Os doy las gracias por quienes habéis concurrido a pesar del tiempo al Campo del Príncipe.

Aquí, desde vuestro silencio, ahora, a la misma hora en que Cristo se entregó por nosotros en la cruz, le acompañáis con vuestro cariño y le expresáis vuestros sentimientos más profundos. La oración de vuestro arzobispo es lo que pida cada uno en su corazón al Señor esta tarde. Especialmente, me acuerdo de aquellos que están en el sufrimiento, en el dolor, en la pobreza más absoluta. En la enfermedad más incurable. Y doy gracias a los medios de comunicación, porque hacen extensivo el Campo del Príncipe a todos, a tantos y tantos sitios; gracias a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, porque nos ayudan a vivir estos días con un verdadero sentimiento y devoción.

Ahora, hermanos, amigos, granadinos y granadinas, es el momento del silencio y de la oración acompañando a María ante la cruz de Cristo. Amén.

Lo decía Gracián, que «lo bueno, si breve, dos veces bueno». Pues la elocuencia del prelado dio paso al recogimiento, a la contemplación de la cruz de piedra, con la imagen de Cristo tallada, con ese cojín de flores —regalo de la familia Vedia— a sus pies. Y en ese silencio, en ese íntimo fervor que acompaña a la piedad de los granadinos en esta jornada de parasceve,



la corneta de Azahara Fernández, integrante de la Agrupación Musical Dulce Nombre de Jesús, fue la encargada de anunciar las tres de la tarde. La hora nona. El momento en el que Cristo exhaló su último aliento, su corazón dejó de latir y se apagó el calor humano para dejar tras de sí solo el humor divino.

El pastor granadino se dirigió al Cristo de los Favores y hubo quien entonó el canto lírico de un avemaría al viento de la tarde. El párroco dirigió el rezo de las cinco llagas y Gil Tamayo extendió su bendición a los fieles, pidiendo la llevaran consigo. Y así, se diluyó el público que, sin ser convocado, respaldó aquel acto piadoso. Semilla fecunda de la tradición popular, de la raíz más sólida de la cultura granadina.

En el horizonte de la tarde pesaba la inestabilidad del tiempo, que acabó por descargar tal y como se preveía. La amenaza condicionaba seriamente la salida de las hermandades, pero a pesar de eso hicieron lo posible por echar a rodar la tarde, armarse de coraje y ajustar al máximo horarios e itinerarios para poder sortear los avatares de la meteorología. Así, pasadas las cinco de la tarde, la junta de gobierno de la Hermandad de los Ferroviarios anunciaba la decisión de retrasar treinta minutos su salida para ver si así podían ir ganando margen, medida que complementaron un recorte en el itinerario para salvar los obstáculos previstos en la calle San Juan de Dios. Una incertidumbre que, por momentos, pareció también vivirse en la Hermandad de los Escolapios, amén de la de Los Favores. Sin embargo, todas ellas pusieron las cartas sobre la mesa dispuestas a ganarle la baza a la lluvia. Más tarde, con la noche cayendo, haría también lo propio la Hermandad del Santo Sepulcro. Por su lado, mucho más cauta —pues a partir de las diez de la noche la probabilidad de lluvia era inevitable— fue la Hermandad de la Soledad, quien finalmente, y quizá también movida por otro tipo de cuestiones, decidió suspender su estación de penitencia.

La tarde se presentaba marcada por la humedad, el frío y, como decíamos, por ese temor al tiempo advenedizo. Una cuestión que no fue baladí para entender el curso de la jornada, con una afluencia de público menor que en otras ocasiones, con un ambiente mucho más retraído y una sensación de permanente incomodidad, fruto de las bajas temperaturas que fueron imponiéndose, junto con el viento, durante la tarde; todo ello regado por un cielo gris y taciturno.

Cuando sonaron los primeros acordes de la *Marcha Real* a cargo de la Banda de Jesús Despojado se pudo respirar cierto alivio. De alguna manera quedaba claro que la cosa iba como debía y que el primero de los pasos se disponía a salir a las calles. Lo hacía con inmejorable presencia: precioso exorno floral, a base de rosas y calas moradas mezcladas con iris; y componiendo un conseguido calvario con las imágenes de santa María Magdalena





—ya conocida en años anteriores— y la incursión de san Juan, procedente de una colección particular, que se sumaba a la escena, enmarcando y estilizando la presencia y figura del Cristo de la Buena Muerte. El trabajo de los costaleros de Ricardo Mora, a los sones de *Costalero del Soberano* por el bulevar, ponía asimismo el mejor inicio posible a la estación de penitencia de la Hermandad de los Ferroviarios.

Como exquisito fue también su paso, ya de vuelta, por la plaza de la Trinidad. En lentas *revirás* desde Capuchinas a la plaza y desde aquí hasta enfrontilar Duquesa. Para ese entonces, la hermandad iba ya relajada, sabiéndose con el trabajo bien hecho. Mas hubo quien intentó avisar de lo que venía y cómo el agua podía llegar a sorprenderles antes de llegar de nuevo a Constitución. Se rieron y los tildaron de agoreros, de chufas. El Señor hubo de bajarles los humos y la soberbia, y por eso se apañó en regarles las entendederas y hasta las hombreras del traje... Pues el Viernes Santo, este de 2024, no tuvo opción para el relajo. Que las cosas se olvidan muy pronto.

A pesar de todo, la hermandad, que poco a poco va sorteando las vicisitudes y recuperando el crédito perdido, consiguió dejar un buen sabor de boca; como si, de veras, los esfuerzos y los sacrificios, los sinsabores del día a día, tuvieran al menos su fruto. Pues la presentación de las imágenes fue exquisita, como también muy digno el cortejo que se presentó en las calles. Con amor y con trabajo fue haciendo el camino, buscando poner en el sitio que merece esa inmensa dolorosa que tan desapercibida pasa, siendo una obra tan exquisita como perfecta, tan desconocida como venerada por los suyos.

El Viernes Santo atraviesa, en lo cofrade, un momento de *impasse*. Un número representativo de las cofradías que componen la nómina de la jornada andan buscándose a sí mismas después de convulsos procesos internos. Las hay que atraviesan un desierto de penitencia, purgando los pecados que otros cometieron; quienes se encuentran sumidos en una realidad tan pretérita como pluscuamperfecta, tan inespecífica como subjuntiva, apolillada; y también las hay mesiánicas, con voces susurrantes en su subconsciente llamándolas a una unidad de destino en lo universal, mas sin fuste ni muste, a ratos kafkianas, con complejos de gata Flora. Pues, en definitiva, las hermandades están hechas a medida de Dios, pero por los hombres, y en ellas traslucen las miserias de esa Iglesia *casta et meretrix* a un mismo tiempo.

Al milímetro y con la *llamá* cortita empezaron a asomar los altos guardabrisas del paso del Santísimo Cristo de la Expiración, el crucificado vivo que tallara Sánchez Mesa, que salió a las calles hundido en un calvario de rojo clavel para sortear la flecha del arco de San José de Calasanz. El buque dorado que ideara Guzmán Bejarano empezaba a surcar las cabezas

de los fieles a los sonos del *Stabat Mater* de Kodaly, como preludeo de una larga estación de penitencia. Cuando la imagen, con corona de espinas y potencias, abandonaba el paseo de los Basilios, lo hacía bañado por la luz del sol, modelando y permitiendo recrearse en los detalles magistrales de una de las grandes piezas de la escultura contemporánea granadina, y regalando momentos como el de ver al Señor del Puente cruzando, de orilla a orilla, el curso caudaloso del Genil.

Como cada Viernes Santo, la Virgen del Mayor Dolor salió de su templo para reencontrarse frente por frente con el padre Enrique Iniesta. A los sonos de *Pasa la Virgen Macarena* ambos se miraron. El sacerdote escolapio no dudó en preguntarle cuál era ese dolor supremo que atravesaba su corazón, por el que escurrían las lágrimas desde sus mejillas. María, la Madre de Dios, prudente como en las bodas de Caná, acudió callada a la pregunta. En el brillo de sus ojos, a punto de cumplir sus primeros veinticinco años de vida, se adivinaban tantas cosas... Y ambos recordaron y sonrieron. Echaron la vista atrás trayendo a la memoria aquel soleado dieciocho de junio, cuando su maternal estampa fue venerada por el obispo de Roma. Y ambos anhelaron —quién sabe, si las cosas hubieran sido de otra manera— haber vuelto a hacer posible aquel milagro, con la Virgen de Andalucía recorriendo las calles del Corso Vittorio, encumbrada bajo los frescos de Gherardi en San Pantaleón.

Seis y media de la tarde. Una hora menos en las islas Canarias. En el interior del monasterio de San Jerónimo, sobre la tumba de Gonzalo Fernández de Córdoba, el hermano mayor Patricio Carmona se dirigía a la concurrencia. El cabildo de oficiales, a la vista de los pronósticos, el riesgo de lluvia y la necesidad de velar por la conservación del patrimonio, decidía sustituir la estación de penitencia en las calles de Granada por una oración a la Virgen de la Soledad y la veneración de los titulares en el interior del templo. La corporación nazarena optaba por una visión menos positiva que la del resto de cofradías que, a esas mismas horas, ya buscaban el camino de llegada hasta el palco federativo de la calle Ganivet.

Y, como parte del ceremonial que en los últimos años acompaña a la hermandad y que ya tuviera lugar en tiempos remotos, se apeló a la gracia real que tradicionalmente se hacía los viernes santos para liberar a un preso. La intención era haber llevado a cabo este acto en la placeta de Luis Rosales, cerca de la Real Chancillería, pero el tiempo forzó a que la celebración aconteciera en el interior de la iglesia. Allí acudieron las máximas autoridades del Estado con el fin de dotar de la solemnidad requerida a una ceremonia tan singular como representativa, con la que se pretende mostrar no solo la piedad de la hermandad, sino también la reconciliación hacia quienes han actuado de forma contraria a los principios de la sociedad, deseando su reinserción y participación ciudadana en armonía.



A la par que todo eso acontecía, desde el barrio del Realejo llegaba a Granada la Hermandad de los Favores. Lo hacía luciendo uno de los cortejos más amplios y compactos de los últimos años, dejando a sus hermanos lucir esas preciosas túnicas negras de sarga y antifaz de terciopelo burdeos con el escudo de la cofradía al pecho; y lo hacían antecediendo al paso dorado del crucificado líneo, el que otrora fuera conocido como Cristo de la Expiración, en el desaparecido beaterio de Santa María Egipcíaca, el de las *Arrecogidas*, sito en la calle que hoy lleva su nombre.

Como desde hace tanto, fueron músicos linarenses de La Pasión los encargados de ponerle compás al andar del Cristo de los Favores. Una simbiosis más que consolidada y que tuvo el extraño privilegio —en pleno Viernes Santo— de dar por inaugurada la Semana Santa del Realejo. El capataz, Alberto Ortega, sorprendió por tener todavía voz a estas alturas de la semana, pues, frente a lo usual otros años, era la primera vez que se ponía delante de un paso. Hubo que esperar hasta entonces, pero bien valió la pena. El frío, el desasosiego, fueron suplidos por la presencia del crucificado de San Cecilio, que llenó a su paso la Gran Vía antes de dejarse perder, pasada la escultura del «moro», en busca de las calles de su barrio en las últimas horas de aquel parasceve.

Misericordia, Señor, Misericordia. Eso es lo que tantos cofrades pidieron en esta semana; encontrándola no solo en la solemne talla del Cristo del Silencio, también en el rostro y las lágrimas de la Virgen *greñúa*. Es, sin lugar a duda, esta hermandad una de las señeras de su barrio, no solo por la historia y la tradición, sino también por la devoción que se destila a sus imágenes; por lo que en sí representa el concepto mismo que adorna sus advocaciones. Por eso monseñor Gil Tamayo, al tenerla dentro de la Catedral, acudió al nombre de la Misericordia para pedir por las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, por la Benemérita y por los caídos que luchaban y luchan contra el crimen organizado, contra el narcotráfico en las costas de Andalucía.

Y de la solemnidad y recogimiento de aquel momento, a ver decantar el frasco de las esencias en la recogida del paso de palio, perdido ya el seno de su barrio, tras recorrer Pavaneras, la plaza del Realejo y adentrarse en los repelucos de la calle Santiago. Llovieron pétalos desde los cielos, al pasar por la Corrala, entre el corneteo y cascabeles de *María del Rocío*, de López Gándara, consiguiendo crear uno de esos momentos intensos y esperados entre los cofrades. El pregonero de la Semana Santa, Pepe Espinel, acudía a la cita, dejándose embelesar por la magia del ambiente, por el fervor y el clima que se respiraba; y lo hacía no sin cierta resignación, pues de algún modo esa era su Semana Santa, la que él había pregonado, la que había anunciado a los cuatros vientos y en la cual no había tenido apenas momentos para dejar asidos a la memoria. No quedaba más que inmortalizar y captar con los cinco sentidos

POST SEPTINGENTOS M. A. V. S. DOMINATI ANNOS
CATHOLICIS DE DIM. POP. LOS. HOS. REG. AMB. 1492
CORPORA CONDIDIM. TEMPLO. HOC. ANIMAS. Q. LOCAM
IN CELIS. CIVIA. IVS. TITIAM. CO. OLV. ERE. FIDI. M. Q.
PONTIFEX. M. DE. DIM. FERNANDVM. NOMINI. P. P. IV. M.
DOCTRINE. MORVM. V. TIT. Q. EXEMPLAR. HONESTE

FIDES

IUSTITIA





allí puestos todo cuanto acontecía, todo cuanto se desarrollaba, todo cuanto Dios nos había osado conceder.

Pero aquella alegría, aquel alborozo se desvaneció tan rápido como un suspiro. La magia empezó a quebrarse, el conjuro a deshacerse en el momento en el que la lluvia —como estaba dicho— quiso hacer acto de presencia. Aquellas eternas *chicotás*, desmenuzadas con gusto y mimo, se convirtieron en un paso firme y seguro, abriendo compás y comiéndole metros a la calle. Paso *mudá* para intentar evitar el aguacero, buscando cuanto antes guarecer a la hermandad en el interior de San Cecilio y a los pasos en el interior de su capilla. El Cristo de los Favores, a los sones de *Salud de San Bernardo* y *Oración en Montesión*, en un resorte salvó la cuesta, con el mando firme de Enrique Muñoz.

La izquierda adelante. La izquierda adelante. Las llamas muy rápidas y muy cortitas. Venga de frente, tranquilos ahí debajo. Venga de frente, artistas. Bueno..., venga de frente con él, sujetándolo. Tranquilo, José Manuel. Así, así na más. No volverse locos, tranquilos. Así subimos, así hasta arriba. Alberto, un poquito. Venga de frente con él.

Paraguas abiertos y enfervorizados aplausos, animando a quienes portaban sobre sí al Señor de los Favores, premiando su trabajo y su esfuerzo. Agradecían a la cuadrilla haber llevado hasta Granada a aquel histórico crucificado. Lo mismo que con la Virgen de la Misericordia, que no cejó en el esfuerzo de llegar hasta su capilla de salida en apenas un suspiro. No se descompuso la bulla, que no quiso dejar de arropar y acompañar a la Madre en la noche del Viernes Santo, al pie de la cruz de los Favores, y bajo la recia lluvia que descargaba.

A esas horas solo quedaba recordar todo lo vivido. El regalo efímero al que habíamos asistido. Todo formaba ya parte de la memoria. Entre los destellos, la solemne salida que protagonizó la Hermandad del Santo Sepulcro, que procuraba ofrecer la imagen más completa en el año que alcanzaban el centenario de su refundación. Con un nutrido grupo de monaguillos, varias decenas de hermanos vistiendo la túnica nazarena antecediendo el paso de la urna. Sonos de música de capilla al tránsito del cuerpo yacente de Cristo y un sucinto número de representaciones civiles y religiosas tras el primero de los pasos de la cofradía. Lo mismo que, *laus Deo*, los pupilos de Ángel López Carreño, director de la Banda Municipal de Música, volvieron a tocar tras el paso de la Virgen de la Soledad. Así, y a los sones de *Amarguras*, salía la más bella dolorosa de Andalucía, fruto e ingenio de las gubias de José de Mora: culmen de su obra, cénit de los estilemas y paradigmas de la escultura devocional de la Penibética.





LA GLORIA DE LA PASCUA

Hasta el Concilio Vaticano II, cuando tuvo lugar una regeneración litúrgica, entre otros puntos, de las celebraciones pascuales, al Sábado Santo se le conocía popularmente como el Sábado de Gloria. Una jornada marcada por la llegada de un nuevo tiempo, un nuevo espíritu, el que trae consigo la celebración de la Pascua de Resurrección. El Sábado Santo, hasta entrada la noche, es una jornada marcada por la inacción litúrgica. La Iglesia está ausente de actividad cultural. La Iglesia no celebra ningún tipo de sacramento, pues guarda estrictamente el luto de la muerte de Cristo a la espera de imbuirse, de lleno, en la fiesta de la Pascua de Resurrección, donde tendrá lugar el bautismo de los catecúmenos, la renovación de las promesas del bautismo y la primera consagración eucarística desde el Jueves Santo.

Un tiempo de espera. Una jornada de reflexión, como a la que pretende invitar también la Iglesia de Granada, según se ha dejado oír por ahí. Mas en Granada, el Sábado Santo tiene nombre propio: el día de Santa María de la Alhambra. Aquel en el que procesiona la última de las andas pasionistas, representando los últimos momentos de la vida de Cristo; en este caso, justamente, el de la transfixión de la Virgen al recibir, sobre su regazo, el cuerpo muerto de su hijo tras ser desenclavado de la cruz. Un misterio que encierra dentro de sí la fuerza del dolor

y de la angustia, pero también el de toda la dulzura y el candor de una madre asiendo entre sus manos, por última vez, al fruto de sus entrañas.

Y es que Granada es una tierra eminentemente maternal. Es una tierra mariana, como ya proclamó y consagró Pedro de Castro, consiguiendo elevar los ardores del pueblo y sus instituciones en favor de la figura de María, a la que no tocó el pecado primero. El Sábado Santo, en Granada, bebe de las fuentes alhambrenas, de la acequia real y de los caños del Pilar de Carlos V. Bebe de la tradición y de la solera, de ese caché, casa y abolengo que se masca al ver discurrir a los nazarenos de la Hermandad de la Alhambra por las calles. Ninguna túnica como esta esconde tras de sí el sabor añejo y grandilocuente de la Semana Santa del ayer.

Pero no fue este 2024 momento y ocasión para poder verla procesionar por Granada, pues nuevamente, y una vez más como tónica general en esta Semana Santa, la amenaza de lluvia daba por imposible la realización de la pública estación de penitencia. El hermano mayor, Rafael Ruiz, lo comunicaba a los hermanos y el consiliario de la Federación de Cofradías, José Gabriel Martín, pedía saber dar gracias por del don de la lluvia, pues mirar al cielo y ver caer agua no es sino una bendición, máxime cuando, en otros puntos del planeta, quienes miran al cielo temen que un misil caiga sobre sus ciudades. El padre Alejandro Anguís, de la Hermandad de la Alhambra, fue el encargado de dirigir la oración sustitutiva de la estación de penitencia, pidiendo a los hermanos fijar su mirada en la Virgen de las Angustias coronada y buscar el consuelo en la aflicción.

Ni Puerta del Vino, ni de la Justicia ni de las Granadas. El grupo escultórico de Ruiz del Peral no atravesó ninguna de esas puertas. Sí las de su templo, abierto de par en par para que durante toda la tarde cientos de granadinos hicieran cola para ver de cerca a María al pie de la cruz, cogiendo de la mano a su hijo, ostentándolo como en un regazo hecho altar, dándonos por prenda una oblación santa e inmaculada. Cuando se cerraban las puertas de la parroquia de la Encarnación, los hermanos alhambrenos depositaban sus esperanzas en el devenir del 2025, momento en el que la cofradía asistirá al vigésimo quinto aniversario de la coronación canónica de su titular. Mejor empezar a reservar fuerzas para todo lo que está por venir. ¡Qué remedio...!

La imagen que uno tiene de la gloria, está claro, no pasa por ser lo que tuvo lugar ni el Sábado Santo ni mucho menos el Domingo de Pascua. En la conciencia popular, la imagen de la Resurrección viene marcada por la risa de los niños, el repique de las campanillas, la claridad y la luz desbordando todas las plazas, calles y esquinas, con sol cayendo de macetilla sobre el cogote. Y, evidentemente, sin poder tirar de tu alma ni de tu cuerpo, con los pies llenos de



rozaduras, hecho trizas y un aspecto cadavérico, lleno de ojeras, fruto de la falta de sueño. Y, por supuesto, con una resaca emocional de mil demonios: «Hay que ver, que esto ya se ha acabado...», «todo un año esperando y mira qué rápido ha pasado...», «qué depresión más grande...». Porque si los cristianos celebran la Resurrección, los cofrades se regustan más poniéndole el acento a la Pasión y a la Muerte. Cómo no recordar ese chascarrillo, propio de cada Pascua de Navidad, cuando los cofrades desean que nazca pronto el Niño para que crezca rápido y poder matarlo...

Es así. No pregunten por qué, pero es así. Es algo inherente al sentimiento de los cofrades. Seguramente porque sepan que el misterio de la Pascua no se entiende sin el sacrificio. Como ese mismo sacrificio que los propios cofrades se habían visto obligados a hacer durante toda la semana. Y visto el percal, el último día no iba a ser menos. Por esto, en este Domingo de Resurrección el sentimiento de los cofrades estuvo más en comunión que nunca con el de la Iglesia. No es que estuvieran deseando que llegara la Pascua; es que, si por ellos hubiera sido, y viendo los pronósticos de la semana, el Señor hubiera resucitado el Domingo de Palmas, nada más bajarse de la burra cuando entró en Jerusalén.

Pero los tiempos de Dios, como ha quedado dicho, no son los de los hombres. Porque Dios no nos da lo que queremos cuando lo pedimos, como si fuera un papá moderno que malcría a sus hijos. Al contrario, como en la vieja escuela, nos da aquello que necesitamos solo en el momento que de verdad nos hace falta: la lógica de Dios, que es mucho más responsable que la de los hombres. Por eso pedimos lluvia, y nos la dio cuando no la queríamos, pero sí cuando nos hacía falta. Para que entre el viento de marzo y la lluvia de abril tuviéramos un mayo florido y hermoso. O algo así decía el refrán.

La Pascua de 2024 no vino marcada por las campanillas de barro de los niños de Santo Domingo ni el repique de los campanillos de plata de Regina Mundi. Con ese tilín, tilín que después de cuatro horas se te clava en las sienes. Ni con los cambios del Señor de la Resurrección cruzando el Genil y transcurriendo por la Carrera de la Virgen. Ni con la imagen de Cristo Resucitado, al encuentro con los apóstoles, bajo los caños de agua del monumento de Benlliure en la Plaza de Isabel la Católica. Ni con las *petalás* de Jesús y María al paso del Facundillo en los últimos compases de la estación de gloria de los pequeños de la casa. Ni con ese río de gente en Primavera viendo dar la última *chicotá* al palio de malla de la Virgen del Triunfo.



AOS



La Pascua de 2024 vino marcada por la resignación y la moraleja de saber que, tirando otra vez de refranero, «el hombre propone y Dios dispone». Las cofradías hubieron de replantearse el futuro procesional de la jornada.

La primera en hacerlo fue la Hermandad de la Humildad, que tuvo que suspender, por tercera vez, su salida en esta Semana Santa. El hermano mayor, Germán Bolívar, ponía en conocimiento de sus hermanos la intención de no salir a las calles con el Dulce Nombre de Jesús a la vista de la lluvia, sustituyendo la tradicional procesión hasta la Catedral por una procesión claustral, acompañados de la agrupación musical de la hermandad y presidiendo la misa mayor de la parroquia, oficiada por fray Antonio Larios. El que fuera hermano mayor de la corporación, Fernando Calero, era el encargado de dirigir las andas, mientras en el interior del templo no cesaba el repique de las campanas de los más pequeños. A los sones de *Saber que vendrás* se mecía ese Dios hecho niño que veía precipitar sobre sí la lluvia de pétalos que no podría recibir, ya de recogida, antes de encontrarse frente por frente con la imagen de fray Luis.

En la parroquia de San Miguel arcángel, el hermano mayor Andrés Portero anunciaba también a los suyos la imposibilidad de ponerse en las calles de Granada en este Domingo de Resurrección a la vista de que no dejaba de llover. No había lugar para el aplazamiento ni otra alternativa que no fuera la de quedarse en el interior del templo y esperar un nuevo Domingo de Pascua más propicio y benigno con la cofradía zaidinera. Los hermanos aceptaron de buen grado aquella decisión, arrojando a la junta de gobierno con una cerrada ovación. Lo mismo que hicieron los hermanos de Regina Mundi cuando su hermano mayor, José Zugaldía, trasladaba idéntica decisión a los suyos guarecidos bajos las bóvedas barrocas del Sagrario.

Así se ponía fin a una Semana Santa tan esperada como aciaga. La que se esperaba que fuera la consagración definitiva de la imagen pública de las cofradías, tras el golpe en la mesa dado en la procesión magna de octubre, terminó por ser la Semana Santa de las suspensiones y los aguaceros. Desde que se tiene memoria nunca se había llegado a vivir una semana como esta, pues ni siquiera la de 2007 —que fue funesta, lluviosa y fría— arrojó cifras como las de este 2024. Pues si en aquella ocasión once fueron las cofradías que pudieron hacer estación de penitencia, en este presente año solo diez, de treinta y dos, salieron a la calle, y de ellas solo nueve consiguieron completar su itinerario tras haber hecho estación de penitencia en la Santa Iglesia Catedral. Que se dice pronto...





A PIE DE ACERA

UNA SEMANA SANTA ÍNTIMA

La crónica de la Semana Santa, como cabe suponer, no es sino la expresión subjetiva de una realidad objetiva. De ahí que quien escribe se haya permitido la licencia de hacerlo plasmando cuestiones intangibles, percepciones y miradas tan personales como propias; buscando, siempre, no faltar a la verdad y trasladar, en todo caso, cuestiones y realidades que están latentes a pie de acera. Pero con el fin de no encerrar ni circunscribir la visión de una Semana Santa como esta, tan difícil como particular, y además de los testimonios ya traídos a colación, hemos querido también hacernos eco de otras voces, de otras opiniones que son realidades y verdades complementarias, visiones que componen la amplia panoplia del mundo cofrade.

Ser pregonero de la Semana Santa no es algo baladí. No es un cargo accesorio e irrelevante, ni tampoco se circunscribe al día del pregón. Como en los sacramentos, el nombramiento imprime carácter, máxime cuando recae en personas de la calidad y cualidad humanas del de este 2024. José Espinel Calderón, Pepe Espinel, ha vivido junto a su familia, hermanos y amigos el devenir de estos ocho días de pasión. Y reflexiona, acabada la Semana Santa, sobre su resultado.

«Cuando uno pregona, se toma la Semana Santa como suya, aunque realmente no lo sea. Has tenido honor de pregonarla, pero la Semana Santa es de tu ciudad, y por eso te duele y magnificas lo que pudiera pasar, porque entra en relación contigo». Para Pepe Espinel, ahí está la clave: el sentir las cosas, aprehenderlas y tener la oportunidad de extraer una moraleja de cada momento, de cada circunstancia. «Yo definiría esta Semana Santa como muy intimista y personal, para mí pero también para cada uno de los cofrades, porque así ha querido el Señor que lo disfrutemos. Una semana donde hemos compartido momentos con los hermanos, con los titulares dentro de los templos y hemos vivido cosas muy distintas a cuando salimos», sugiere el pregonero.

La Semana Santa de 2024, a los ojos de Espinel, ha venido marcada también por el curso de los acontecimientos y la necesidad de experimentar un espíritu de resiliencia ante cada momento y situación, valorando la complejidad y mérito de alcanzar una decisión en un momento difícil y de tensión. Puesto que siempre es fácil mirarlo desde afuera y adoptar una actitud apriorística a toro pasado.

A Pepe Espinel le sorprendió la capacidad y madurez del cofrade granadino en este 2024, de ver cómo no tuvo más que aceptar la voluntad de Dios y resignarse a lo que venía. «Fue especialmente duro al principio, por ver cómo se presentaba el Domingo de Ramos y ver cómo el Lunes Santo no tenía ninguna opción. Pero luego es verdad que el cuerpo del cofrade se fue acostumbrando y la resignación imprime el Martes y el Miércoles Santos. Ahí las sensaciones ya eran distintas a las del lunes y el Domingo de Ramos», apunta. Si bien «el Jueves y el Viernes Santos fueron una explosión de ganas, de ver que podíamos salir a la calle y disfrutamos de las dos jornadas al cien por cien, aunque luego volvieron el Sábado Santo y el Domingo de Resurrección a recuperar lo negro del principio de la semana».



UNA OPORTUNIDAD PARA LA FE

Las cosas hay dos maneras de tomárselas, está claro. Con un sentimiento a la contra o aceptando y entendiendo que la vida y la actualidad, las cosas de Dios, vienen como vienen; permitiendo extraer de ello todas las lecturas posibles y saber hacer las reflexiones oportunas para seguir construyendo y enriqueciéndonos tanto en lo corporal como en lo espiritual. Con este talante ha vivido el padre David Salcedo la Semana Santa de 2024. Su postura ha ido a caballo entre lo institucional, lo pastoral y lo cofrade, sabiendo filtrar la verdadera enseñanza apostólica: la grandeza de Dios en todas las cosas y el tesoro que supone la fe del pueblo andaluz.

Para el padre Salcedo la vida de las cofradías es una oportunidad para la Iglesia, y esta Semana Santa ha sido una nueva ocasión para ponerlo de manifiesto: «Te lo dice un cofrade que es sacerdote. Pero aunque no lo fuera, hasta el papa lo ha remarcado, también los obispos de España y los del Sur: hay que reforzar la piedad popular, porque las cofradías son el muro más fuerte frente a la secularización». Y evidentemente, las celebraciones paralitúrgicas como las estaciones de penitencia no son el dogma de la Iglesia ni tampoco el único referente espiritual a seguir, pero sí uno de los testimonios más elocuentes: «Es cierto que los cristianos donde se reúnen es en las iglesias, donde tenemos nuestras celebraciones; pero celebrar la fe en





las calles es importante, y tenemos que cuidarlo y saber potenciarlo. Cuando sacamos un paso y vivimos la hermandad en la calle, marca la historia, la tradición de vivir de un pueblo. Es precioso ver cómo la fe y la vida religiosa tienen su efecto en la vida cotidiana en Semana Santa, en la forma de comer, la forma de vestir...», sostiene este canónigo.

De esta Semana Santa cabe hacer muchas lecturas, pero también una forma de trasladar y comunicar a la sociedad cómo se vive la vida y la fe en las cofradías. Por eso David Salcedo expresa, con la simpatía que le caracteriza, esas singularidades que ofrece la piedad popular, incluso hasta la hora de socializarnos: «a la gente le sorprende saber que muchas personas nos conocemos por las cofradías, por quién es de cada una». De ahí la importancia de reivindicar ese legado: «frente a una fe que se desvanece, tenemos que reafirmar nuestra forma de vida en Andalucía y en Granada. Nuestra tierra no se entiende sin las cofradías y la Semana Santa, lo mismo que no se entiende sin el Corpus y la Virgen de las Angustias».

Pero de todas estas lecturas cabe también extraer una enseñanza, la cual debe aplicar todo cofrade. Máxime después de lo vivido en la Semana Santa de 2024. David Salcedo comentaba que «me sorprendía ver las colas que había a las puertas de las iglesias cuando una hermandad suspendía su estación de penitencia, pero, en cambio, a la hora de los oficios las iglesias estaban vacías. Si la gente realmente se animara, vería cómo vivir las celebraciones litúrgicas con las procesiones es compatible y te ayuda a vivirlo todo más plenamente. Es importante que la gente aprenda a descubrir esa riqueza que hay en los oficios».



TIEMPO PARA EL SILENCIO

Cabe decir cómo una parte sustancial del público que acude a ver cofradías suele tener un componente particular, marcado por su carácter bullicioso e, incluso, temperamental. Necesita expresarse vehementemente, oírse y ser oído. No susurra. No masculla. Habla. Charla. Parlotea. A veces, incluso, vocifera. Pierde, también, la noción de dónde está y dónde se encuentra, trivializando el momento, el cuadro y la escena. No capta los tiempos, es tardo en el recogimiento, en la paz y el sosiego. Ese sentido tumultuario, que crece y se retroalimenta, motiva en no pocas ocasiones que sea difícil acudir a destilar las esencias, a escanciar las fragancias y a paladear las sutilezas.

Una opinión que se destila de muchas tertulias y también de lo expresado, a propósito de esta crónica, por Félix Benito Cirujano, miembro de la Asociación Musical San Isidro de Armilla. Para él, como para otros tantos músicos, esta Semana Santa ha venido marcada por el frío y por la lluvia, lo que ha impedido poner en relieve el trabajo musical de las formaciones, su preparación y su capacidad de superarse año tras año, llevando a Granada y su Semana Santa a lo más alto del panorama musical andaluz. «Para mí el balance es positivo, porque, a pesar de no salir, por lo menos no nos mojamos». Una lectura tan sencilla como compleja, porque refleja el grado de madurez que han alcanzado muchas hermandades y también su

sensibilidad a la hora de contratar los servicios musicales de una formación, valorando no solo su calidad musical sino también la cualidad humana de sus miembros.

Benito Cirujano señalaba, pues, su agradecimiento a las hermandades. «Se han preocupado de la banda en todo momento. Y en los momentos de incertidumbre de lluvia, siempre han tenido un lugar donde poder resguardarnos. Nadie nos ha dejado de la mano de Dios». Pero con las felicitaciones viven también los tirones de orejas. «Granada necesita de más cultura musical, necesita de más silencio para escuchar las bandas. En todo momento, incluso en Ganivet, donde hay cofrades y amantes de la Semana Santa. Ahí se genera muchísimo ruido, guirigay, la gente hablando como si estuviera viendo un partido de fútbol...». Para este músico veterano, hace falta un punto de inflexión. «Ya no pido respeto para las bandas, pero al menos para las imágenes cuando están pasando, y de paso al complemento musical. Conseguir eso sería algo maravilloso».

Este integrante de la Banda de Armilla, responsable de que Víctor Ferrer compusiera *Mi Amargura*, entra a valorar también los repertorios y el interés musical que las hermandades tienen a la hora de la selección de las marchas que suenan tras sus respectivos titulares, generando incluso un rico patrimonio musical propio. «Estamos en un momento donde se está trabajando para hacerles caso a las marchas propias, aunque no siempre pueden sonar todas. Cada vez hay compositores más formados y marchas de muchísima calidad, lo que hace difícil que siempre puedan sonar todas».



LA PSICOLOGÍA DE LAS HERMANDADES

Hay quien lleva escribiendo y hablando de Semana Santa desde tiempos prácticamente inmemoriales. Y su grado de conocimiento de la Semana Santa es tan profundo como complejo, pues identifica perfectamente la raíz de las virtudes y las carencias de un mundo tan particular y poliédrico como es este. Ante una semana como la vivida en 2024, son muchas las preguntas que cabe hacerse y también los condicionantes que han podido estar sobre la mesa a la hora de plantear el futuro de cada una de las jornadas.

Desde la óptica de Fernando Argüelles, compañero del periódico Ideal y director del programa *Sentir cofrade* de PTV Granada, dilucidar el desarrollo de esta Semana Santa es especialmente complejo y lleno de matices. Por ejemplo, a la vista del Domingo de Ramos, ¿se puede decir que las hermandades se precipitaron a la hora de suspender y otras, como la de la Encarnación, fue singularmente arriesgada a la hora de decidir?

Tomar una determinación con la situación meteorológica del domingo debe ser lo más difícil para cualquier hermandad. Distintos eran otros días en los que los cabildos de oficiales se reunían escuchando llover, o tras una mañana cargada de agua o previsiones que te ponían certeza de lluvia en la mayor parte de las horas. Creo que no es criticable ni que La Borriquilla dijera de no





salir pasadas las cuatro de la tarde, ni que El Cautivo poco después pusiera su cruz de guía en la calle. No hay que hablar ni de valientes ni de irresponsables, solo de situaciones difíciles y en las que no se puede ser adivino para saber qué va a pasar. A pesar de ello, sí que percibieron la mayoría de las hermandades cierto pesimismo desde por la mañana sobre lo que deberían hacer.

En todo esto, al igual que en el resto de la Semana Santa, está claro que la Federación de Cofradías tuvo mucho que decir. Máxime, tal como se trasladó a la opinión pública y estaba en conocimiento de todos los hermanos mayores, porque existía el imperativo de no modificar ni horarios ni itinerarios en caso de lluvia. Con relación a esto, para Argüelles, «es difícil de comprender que no se tuviera mejor diligencia a la hora de tener mayor iniciativa de coordinación y colaboración para que las cofradías pudieran cambiar horarios o recorridos. No es de recibo el que, estando solo una cofradía en la calle, se encontrara problemas o falta de información para poder cambiar horarios o recorridos, como parece ser le ocurría al Cautivo». Una cuestión que, en opinión de este veterano periodista cofrade, debe ser fundamental para abordar una gestión integral de las cosas. «Un vocal de horarios debe estar preparado para saber actuar ante casos así, debe tener preparados planes A, B, C, D... Esto es mucho más fácil que diseñar una carrera oficial nueva que, de antemano, se sabe no apoyan los hermanos mayores, por ejemplo».

Es más que probable que estos condicionantes, junto con los del tiempo, influyeran en la capacidad de decisión y de maniobra de las hermandades, sentando precedentes a la hora de suspender estaciones de penitencia. Pero lo hecho, hecho está. Ahora bien, ¿cómo salen psicológicamente las hermandades y los cofrades después de una Semana Santa como la vivida en 2024?

En el «día después» el pesimismo es lógico que surja, pero, según pasen los meses y se acerque la próxima Semana Santa, todo tenderá a olvidarse y nuevamente el optimismo y la ilusión de una nueva Semana Santa volverán a llenar a todos. En este tiempo de después nos queda la extraña sensación de que no hemos tenido Semana Santa, pero las cofradías seguro que saben hacer ver a sus hermanos que la hermandad se puede disfrutar durante todo el año; y, cuando pase la próxima Navidad y entre la Cuaresma, todo lo vivido este año irá quedando en el olvido o, simplemente, la anécdota.





COMO EN LOS JUEGOS OLÍMPICOS

Bien está lo que bien acaba. Y, dentro de lo que cabe, la Semana Santa de Granada salió reforzada del envite, puesto que el apoyo popular terminó siendo masivo en las puertas de las iglesias y se vio claramente cómo no todo el mundo que viene a Granada en estas fechas tiene como único objetivo irse a esquiar a la Sierra o a comer espetos en Playa Granada, por muy buenos que estén. Las cofradías son un reclamo turístico y un valor de riqueza para la ciudad y su provincia.

Esta es la visión que tiene el jefe de informativos de Radio Granada, Rafael Troyano, a la sazón director del programa *SER Cofrade y Pasión por Granada*. Un periodista que, más allá de la Semana Santa, vive y pulsa la actualidad día a día en todas y cada una de sus facetas a través de su labor informativa. Por ello acudimos a él, tras haber hecho balance de los testimonios y opiniones de los agentes sociales de la ciudad al terminar la Semana Santa. ¿Cómo ha afectado la lluvia a la Semana Santa, ya en lo cofrade, ya en lo social, ya en lo económico?

La lluvia ha venido a demostrar lo necesario que era para el campo y para la sociedad, según los niveles de agua recogidos tanto en la ciudad como en los pantanos próximos a Granada. También ha servido para demostrar el peso que tiene la salida de nuestras hermandades:

la suspensión de hospedajes no fue tan dramática como se esperaba, pero sí ha tenido un impacto directo en la hostelería, en bares y restaurantes. El sector ha reconocido que no ha sido espectacular, pero sí ha sido buena.



Para Troyano, pasada la Semana Santa, cabe hacer una lectura positiva y optimista de todo lo acontecido. «Como en los Juegos Olímpicos, la Semana Santa de este año ha sido la mejor de la historia. En lo que no dependía de las circunstancias, ha sido mejor que nunca».

EL FENÓMENO

Cada vez está más claro, y así lo entienden hasta los sociólogos: la Semana Santa en Andalucía se ha convertido en un fenómeno transversal que penetra todas las clases y condiciones sociales. Una realidad cultural que en las últimas décadas ha ido permeando en el pueblo andaluz gracias al devenir de la sociedad de la información y la galopante globalización. Cuestión que, en los foros oportunos, va dilucidándose para determinar la verdadera y correcta dimensión y alcance de la cuestión.

No en otras regiones, pero en Andalucía la vida del mundo cofrade ha ido convirtiéndose de un tiempo a esta parte —en las tres últimas décadas, podríamos decir— en un auténtico fenómeno de masas. No solo por la cantidad de gente que responde a la convocatoria de las cofradías, arropándolas en la calle durante la Semana Santa, y que supone un verdadero aliciente turístico que moviliza gente de todos los confines; sino por cómo, desde dentro, desde el entorno más cercano —regional, provincial, comarcal, local...—, el fenómeno cofrade se ha convertido en un producto cultural de consumo masivo, que se prolonga más allá de los ocho días que van desde Ramos a Pascua y que se extiende a lo largo de todo el calendario.





Ya se habla de cofradías durante todo el año, se vive y se hace seguimiento del mundo cofrade durante los trescientos sesenta y cinco días del año; va emergiendo, potente, una industria capaz de satisfacer incluso las demandas de un público creciente y que, emulando la oferta comunicativa y audiovisual existente en otras esferas de la sociedad, pone a disposición de los interesados toda una serie de recursos: medios de comunicación especializados que llevan al día la actualidad de las cofradías; plataformas digitales donde se emiten vídeos y recursos de ensayos, *mudás* y procesiones; programas de radio y *podcasts* que analizan y dan cuenta de los estrenos, haciendo seguimiento de la evolución de los talleres de artesanos y sus últimos encargos; y hasta un interés de proporción inusitada sobre el «mercado de fichajes» que se mueve, año a año, en torno a las bandas y el mundo de los capataces y costaleros.

Todo ello es lo que nos permite, desde cualquier rincón de Andalucía, e incluso hasta más allá de Despeñaperros, tener debida cuenta del día a día de la Semana Santa de nuestra tierra. Confiriéndole, incluso, una dimensión trascendente a todo aquello que envuelve al mundo cofrade y que, hasta hace dos días, se consideraban cuestiones de mero trámite administrativo y de interés interno: el cambio de vestimenta de una dolorosa, el estreno de un nuevo paso, la hechura de las imágenes secundarias de un misterio y hasta cómo va el escrutinio y resultado de las elecciones de hermano mayor. Hechos que forman parte de las conversaciones habituales entre cofrades, que generan debates y tertulias entre estos y que, llegado el caso, invitan a los más *jartibles* a ir recorriendo Andalucía en búsqueda de la novedad y de la actualidad de las cofradías.

Cada vez son más los que desean saber de Semana Santa. De ahí que, incluso, no exista ya pereza para coger el coche y poner rumbo a cualquiera de los puntos cardinales de Andalucía para conocer en persona aquello que uno ha conocido en imagen o vídeo, que ha comentado con su amigo intercambiando impresiones. Una realidad que permite ir construyendo no solo un tejido de experiencias cada vez más complejo en torno al mundo cofrade, participando de diferentes manifestaciones culturales y modos de hacer y entender la Semana Santa; también para convertirlo, como decíamos, en fenómeno de masas, fuente de recursos y reclamo turístico, todo a la vez que se llama a la masificación, a la globalización y hasta, llegado el caso, la homogeneización de las formas y estilos por inculturación.

¿Y qué tiene que ver todo esto con la Semana Santa de 2024? Pues mucho, la verdad. Porque ese afán de saber y conocer, de vivir y compartir el conocimiento cofrade, disfrutar en primera persona del fenómeno de la Semana Santa en otras ciudades y lugares de Andalucía, lleva a no pocos cofrades a desplazarse durante esos ocho días a lo largo de toda la geografía para ver, disfrutar y conocer otras semanas santas. Hay quienes no faltan nunca a la cita sevillana,

dispuestos a dejar Granada por unos días e irse a disfrutar de cómo las cofradías salen a la calle por la capital andaluza. Otros que, por la masificación y muerte de éxito que parecen estar atravesando en la ciudad de la Giralda, acuden a Málaga, Córdoba, Cádiz o, incluso, Jerez de la Frontera.

Este 2024 no ha sido una excepción. Muchas son las personas que, como cada año, buscan la oportunidad en determinados días de hacer una escapada a estos u otros lugares para conocer las cofradías, los pasos, las imágenes que salen a la calle. Conocen perfectamente cuáles son los puntos exactos donde disfrutar mejor de la hermandad, qué banda toca e incluso el repertorio que le acompaña, de qué forma andan los pasos y hasta el estreno que lleva este año el cortejo o el ajuar de la Virgen.

Con los pronósticos de lluvia tan poco halagüeños, el éxodo del cofrade granadino parece haber sido más masivo que nunca. La necesidad de ver y vivir la Semana Santa ha impulsado a muchos a ponerse en la carretera para acudir a cualquier rincón de Andalucía donde la lluvia no estuviera haciendo de las suyas, permitiendo así procesionar a las cofradías. Lo mismo que algunos días, como el Jueves Santo, tan aciago para la Andalucía Occidental en lo meteorológico, propició que cofrades de toda la región —Málaga, Córdoba, Sevilla...— acabaran acampando en plaza Nueva dispuestos a embeberse de la cultura cofrade de Granada. Se pudo ver caras conocidas en la recogida de La Aurora, un público exógeno al paso de la Hermandad del Silencio ya de vuelta antes de afrontar la Carrera del Darro; lo mismo que por las calles del Albaicín, preguntando hacia dónde ir, para ver la recogida de La Concepción o de La Estrella.

Parece empezar a confirmarse que la Semana Santa de Granada asiste a ese proceso de globalización, causando interés en los de fuera, que se interesan por el sentir y el latir de las cofradías granadinas, sus particularidades, la idiosincrasia que dan sus imágenes barrocas, así como sus itinerarios por las zonas históricas de la ciudad. Granada empieza a formar parte de ese gran mercado global que atrae al cofrade andaluz dispuesto a dejarse embeber por las esencias que encierra la ciudad en tarro pequeño. Momento para empezar a reflexionar sobre el modelo e imagen que estamos construyendo, sobre lo que proyectamos y los recursos que queremos ofrecer a los demás y que hablen de nosotros mismos.

Y me permito traer a colación un reportaje publicado por *Granada Hoy*, titulado «¿Cómo se ve la Semana Santa de Granada en el resto de Andalucía?», firmado por quien suscribe estas mismas letras y donde se recogía el testimonio de periodistas de diferentes puntos de Andalucía: Córdoba, Huelva, Sevilla o Jerez de la Frontera. Todos ellos reseñaban el valor del



marco urbano, como también la necesidad de apostar por aquello que es genuinamente nuestro, propio de nuestra artesanía, de nuestra tradición material, artística y plástica. Somos «un gigante que se está despertando», decía desde *El Llamador de Huelva* Miguel Ángel Rebollo. Somos un ejemplo en personalidad, capaz de evocar lo que nadie en Andalucía puede, fruto de nuestro propio patrimonio, como indicaba, desde *ABC de Sevilla*, Javier Comas. Un espejo donde muchos se deben empezar a mirar, según Miguel Perea, de *Onda Jerez*. Y un referente en lo plástico y en lo estético, como sugerían desde Córdoba tanto Eduardo Luna como Jesús Cabrera. Ya solo nos falta saber estar a la altura de las circunstancias y de los signos de los tiempos. Gente capaz. Menos dídimos. Altura de miras.

Y ahí *queó*. El que quiera más, que venga mañana.







*50 años
Virgen de la Paz*

AYUNTAMIENTO
DE GRANADA

